



SS

**SERVICIO
SECRETO**

ARNALDO VISCONTI

**COSTA
BARBARA**

de

La extremidad norteña de Escocia presenta la estructura de un enorme puño tendido en actitud de amenaza hacia el mar. Son las llamadas Tierras Altas, poseedoras de un prestigio sostenido desde tiempos lejanos. Es la comarca que forja marineros que se gozan en luchar con salvaje complacencia contra el furioso embate de los elementos.

En el símbolo de su configuración, los nudillos son su costa, occidental, inhóspita, sin habitantes ni puertos de abrigo, cortada por fiordos donde el mar, en permanente ebullición alborotada, imposibilita el acceso ni la salida.

El dorso del puño lo traza la costa oriental en la que se jalonan los puertos y poblados conserveros, protegido por las anchurosas bahías de Dornoch y Cromarty.



Arnaldo Visconti

Costa Bárbara

Bolsilibros: Servicio Secreto - 204

ePub r1.0

jala y xico_weno 07.07.17

Título original: *Costa Bárbara*
Arnaldo Visconti, 1954
Ilustración Portada: Jaime Provensal

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Arnaldo Visconti

Costa Bárbara

1ª EDICIÓN

JUNIO 1954

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)



Costa
BARBARA
por **ARNALDO VISCONTI**

CAPÍTULO PRIMERO

La extremidad norteña de Escocia presenta la estructura de un enorme puño tendido en actitud de amenaza hacia el mar. Son las llamadas Tierras Altas, poseedoras de un prestigio sostenido desde tiempos lejanos. Es la comarca que forja marineros que se gozan en luchar con salvaje complacencia contra el furioso embate de los elementos.

En el símbolo de su configuración, los nudillos son su costa, occidental, inhóspita, sin habitantes ni puertos de abrigo, cortada por fiordos donde el mar, en permanente ebullición alborotada, imposibilita el acceso ni la salida.

El dorso del puño lo traza la costa oriental en la que se jalonan los puertos y poblados conserveros, protegido por las anchurosas bahías de Dornoch y Cromarty.

Mercantes, balleneros, «terranovas» y toda clase de pesqueros se relevan constantemente en el litoral de las dos bahías.

La parte norte de las Tierras Altas se llama Cabo de la Ira.

Región escarpada, de tupida vegetación, abruptos senderos, y poblados que sólo pueden ser alcanzados desde el mar y por marineros nativos de aquel litoral.

Sin ferrocarril ni carreteras que lo enlacen con el resto de la región, el Cabo de la Ira era considerado por los demás naturales de Tierras Altas como una comarca de bárbaros instalados en un litoral de fantástica belleza, agreste, con bosques infestados por lobos, ciervos y osos, a los que sólo un cazador nativo podía intentar despellejar, sin morir de agotamiento, extraviado por el laberinto de la maleza.

También la cosecha del mar que azotaba el Cabo de la Ira pertenecía por derecho natural a los que allí nacidos, podían

disputarle la presa a los elementos, confabulándose las galernas con los escollos, remolinos y tiburones para diezmar las tripulaciones.

Cada año, mediando el verano, cuatro veleros del Cabo de la Ira visitaban la bahía de Dornoch, para entregar su cosecha conjunta: las pieles de tiburón, que eran trocadas por toda clase de mercancías, y tenían valor de moneda, pues las grandes ruedas de arenques prensados, y los fardos de bacalao, de sabor único, representaban la anual paga de los pobladores de Thürsom, que dependían de los dos únicos armadores.

Tres de los veleros eran propiedad de Ian Kiltern, que compartía con Fergus

Rain-Leod,

armador del cuarto velero, el privilegio foral de poder ser patrón de mar en el Cabo de la Ira.

Cuando el doce de agosto de 1914 anclaron en Dornoch los tres veleros del patrón Kiltern, su capitán de flotilla, Clay Irving, comentó que al año siguiente mandaría en cuatro veleros, porque Gladys

Rain-Leod,

huérfana, no encontraría capitán.

Por amistad con el difunto

Rain-Leod,

el patrón Kiltern había consentido en comprar la cosecha marítima que no podía transportar el velero sin patrón.

Había sido generoso Ian Kiltern, porque de no comprarla él, se hubiera podrido, siendo pasto de las ratas la pesca recogida por Fergus.

¿Que cómo había muerto el patrón

Rain-Leod?

Una ola al barrer el puente del «Gladys» trajo consigo un tiburón, que arrancó de cuajo una pierna a

Rain-Leod.

Murió desagrado, pero llevó el velero a vista de puerto, pues en el instante de exhalar su último aliento aun asían sus manos él gobernalle.

Ya no dijo más el capitán de flotilla Clay Irving, ni le fue preguntado. Las negociaciones, descarga y carga duraron días, y lastrados con el suministro de los hogares de Thürsom, zarparon los

tres veleros el diecisiete de agosto, remontando el litoral hacia el Cabo de la Ira.

Aquella misma noche, en el «Hostal de los Patrones», al olor reconfortante del *grogg* bienoliente a ron y limón, uno de los más jóvenes almacenistas de Dornoch manifestó su extrañeza, al referirse a la declaración hecha por el capitán de la flotilla de Kiltern.

—La hija del difunto

Rain-Leod

posee el velero en herencia, con el privilegio familiar de tradición. ¿Cómo, pues, comprometió el capitán Irving su palabra de hombre, al afirmar que el próximo año poseerá Kiltern el velero propiedad de Gladys

Rain-Leod?

—Ésta no es tierra donde los hombres hablan sin madurar el pensamiento —decretó el veterano, de la tertulia del hostal—. Gladys no hallará comprador en toda Escocia para un velero que no goza del privilegio de poder mojar su quilla en el Cabo de la Ira. El privilegio lo ha heredado ella, y no tuvo

Rain-Leod

un hijo que pudiera asir el timón. Y si ya en vida le fue imposible a Rain-Leod

encontrar capitán, menos lo hallará Gladys.

—Habrán tan buenos pilotos como Clay Irving, en Thürsom —meditó en voz alta el joven almacenista de Dornoch.

—No los hay, y aunque los hubiera, no consentirla Ian Kiltern que lo fueran por mucho tiempo a bordo del «Gladys». Y mejor es no hundir el cazo en las sopas que se caliente Ian Kiltern, pues ahora es ya virtualmente la única autoridad en Thürsom. ¿Para cuándo esperas el «Pilgrim», Mac Gregor?

Y esta pregunta mudó de rumbo la conversación.

* * *

Thürsom era el único poblado del Cabo de la Ira que estaba al borde mismo de las aguas, y bien resguardado, porque el negro basalto en aquel trecho de litoral formaba un triángulo en cuya base se alineaban los secaderos de pescado frente a una encalmada cuña

de mar.

A un lado escalonábanse las casas donde vivían los pescadores, familias en las que salvo los de vejez achacosa o los que no habían cumplido aún los ocho años, todos trabajaban en la misma labor: los varones, en el mar: los que en tierra quedaban tenían sobrada, tarea en los secaderos y en reparar los aparejos y útiles pesqueros.

En la vertiente opuesta, sólo había dos edificios. El más próximo a la punta de entrada; componíase de dos plantas de bloques de granito, con tejados de alero muy inclinado, de pizarra.

Dicha propiedad la construyó en 1673 el corsario Kirk Kiltern, que fue el primero en habitar la pequeña bahía de Thürsom, haciéndola poblar luego por su tripulación.

Llamábase aún «la Torre del Corsario» al torreón construido horadando el mismo basalto negro y que, al extremo norte de la casa, servía de mirador al patrón Kiltern para, desde su circular remate, avizar el regreso de sus veleros.

Más adentro de la rada la otra casa, de una sola planta pero que tenía también en su esquina norte, torreón, la hizo edificar en 1728 un

Rain-Leod,

que había acudido con su clan montañés y tras unas reyertas preliminares consiguió afincarse en Thürsom.

Desde las únicas dos puertas, la principal y la que daba acceso a la cocina y alojamiento de servidumbre, ambas casas comunicaban por distinto camino con los secaderos y el núcleo de barracones habitados por los pescadores.

También las dos señoriales residencias comunicaban, por distinta escalera tallada en el basalto, con sus respectivos embarcaderos.

Thürsom poseía dos autoridades locales: el «lord de mar», que era elegido entre los más ancianos, y cuya misión consistía en imponer orden y hacer justicia en los conflictos que pudieran surgir, y el pastor protestante que atendía la muy parca vida espiritual de aquellos moradores.

Pero desde siempre, Thürsom sólo acataba dos leyes: la de Kiltern aquellos que vivían de sus barcos, y la de Rain-Leod

el tercio restante de la población, qué no rebasaba el medio millar.

Aquel excepcional día de finales de agosto, presentaba una luminosidad poco frecuente, aun en verano, y en la azul y encalmada agua donde ni siquiera había un fleco de blancor, acallado por una vez y completamente el viento, el velero «Gladys», atracado de babor al embarcadero frente a la casa de una sola planta, presentaba un triste aspecto, enrizadas sus lonas, desierta su cubierta, y tapadas las lanchas encajadas en las trincas de sus bordas como si fueran muebles enfundados en casa deshabitada.

Y en la gran cocina de la mansión

Rain-Leod.

Sibyl Laskar trataba de alegrarle el ánimo a su marido, Jim, que había comido poco: tan sólo dos platos soperos, llenos hasta los bordes, de espesa harina de maíz envolviendo blanquetas de bacalao, y cuatro lonchas de tocino y una escudilla de patatas con huevas de arenque, para terminar mordisqueando con melancolía media libra de mojama.

Y en cuanto a beber, sólo había ingerido un litro de agria cerveza. No, no estaba de buen temple Jim Laskar, como lo demostró soplando en su cornamusa una vieja canción de mar, cuya letra conocía su esposa Sibyl y que se refería al aspecto de crucificado que presenta un velero de quilla quieta en rada con bonanza.

Al colocar sobre la mesa, frente a Laskar, un queso mantecoso, Sibyl esperó el resultado de su estrategia, porque quería oír hablar a su marido.

Jim Laskar dejó a un lado de la mesa el pellejo erizado de flautas, y limpió la hoja del cuchillo en la piel de tiburón de sus calzones. Pero fue pinchando los trozos de queso en silencio. Y ella no pudo soportarlo por más tiempo:

—Has de hacerte a la realidad, Jim. Si Ian Kiltern va a venir esta tarde a visitar a la señorita, es porque ella no tiene más remedio que vender. ¿Qué iba a hacer la pobrecilla? Tía Daisy es también realista.

Jim Laskar, que iba a dirigir hacia el queso la punta de su cuchillo, movió el puño y lo alzó, dejándolo caer con violencia.

El cuchillo, clavándose en la mesa, vibró unos instantes.

El rostro del hombrachón, que aun el mismo día de su boda, cuando se consideraba el enamorado más feliz de la tierra,

expresaba nativa brutalidad, era ahora un compendio de agresiva fiereza.

Prudentemente, Sibyl Laskar levantándose, buscó una honrosa retirada:

—Iré a ver si me necesita la señorita.

Jim Laskar desclavó el cuchillo con la misma facilidad con que un niño quita un palito hincado en barro. Y masculló torvamente:

—No la han llamado a usted, señora. Vire a babor y cale el fondo en su asiento. Yo no reprocho a tres mujeres que sean lo que usted llama realistas, porque también yo sé diferenciar una nube gris de una bandada de pájaros plateados. Pero lo que me ha quemado la sangre desde que murió mi amo el capitán Fergus, es saberlo... ¡saber que había llegado el maldito momento que temía el capitán! Aún recuerdo el día en que me atreví a abordarle... Estábamos a la altura de la Restinga Revuelta y halaban de las lanchas, cuando me apretó el cinto, me fui para él y le dije: «Cásese con la señorita Daisy, señor Fergus, y podrá tener un varón». Sí, todavía me acuerdo, y hasta que de la última boqueada me acordaré.

Jim Laskar palpóse la peluda, y retorcida ceja y añadió:

—Me estampó el puñetazo más soberbio que en mi vida he visto y veré dar.

—Es que el capitán Fergus quería demasiado a la muerta, y le hubiera parecido un escarnio casarse con la hermana.

—¡Sí, sí! Todo muy realista..., Pero ahora no tenemos varón heredero en el «Gladys», y se sale con la suya Ian Kiltern.

Y tras engullir una porción considerable de queso, añadió:

—Y a mí me es imposible mandar en el «Gladys», porque la ley de Thürsom prohíbe que quien cómo yo nació de la servidumbre, capitaneé. Y no hay marinero que se atreva a ser capitán del «Gladys»; primero, porque no hay en Thürsom quien pueda serlo con méritos bastantes, y luego porque, de haberlo, no se atrevería a enfrentarse, con Ian Kiltern.

—Y por esto mismo ha de vender la señorita. Nos iremos a Dornoch y viviremos mejor que aquí.

—Si así fuera, ¿a qué se sorbe usted las lágrimas por la nariz, señora? Nacimos aquí, le tenemos cariño a esas piedras, y no será vivir decorosamente alejarse de nuestro mar. Y el endemoniado Ian

Kiltern pagará diez por lo que mal tasado vale cien. Aunque eso es lo de menos porqué en llegando yo a Dornoch tendré la paga que quiera. Pero el hecho es que el mejor barco de Thürsom que ni es zorrero^[1] ni celoso^[2], que toma de capa como solo él puede hacerlo, ¡morirá! Morirá, de pena, metido en la flotilla de Ian Kiltern, a manos del déspota. A veces pienso que yo... debería prenderle fuego al «Gladys»...

¡Jim! Es horrible que hayas pensado tal monstruosidad...

Interrumpióse ella porqué la campanilla junto a la puerta tintineó. La llamaban desde el salón, y salió precipitadamente para volver al poco tiempo.

—La señorita quiere hablarte antes de recibir a Ian Kiltern.

Jim Laskar fue a limpiarse las manos, y colocándole el chaquetón, se dirigió al cuarto de estar de los Rain-Leod, ajustándose por el corredor el botón de cierre de su camisa de piel de gamo.

Pensaba que era una lástima que con todo su carácter, con su bravía impetuosidad de digna hija del borrascoso Fergus, Gladys Rain-Leod no pudiera evitar que se convirtiera en dueño absoluto de Thürsom el astuto diablo que era Ian Kiltern.

En la estancia, de paredes adornadas con arpones, conchas, retablos pintados con ingenua sencillez representando escenas marítimas, los muebles de recia madera y tapizados con cuero los sillones, armonizaban con la severa sobriedad de aquel hogar, que simbolizaba cerca de dos siglos de permanencia de la única familia que compartía una autoridad tradicional en la aldea pescadora.

El luto de ambas mujeres rimaba también con la tristeza ambiental. Daisy Duvengan, lozana cuarentona, hermosa y apacible, sintió miedo de su cuñado, y al morir éste persistió en ella un secreto temor hacia su sobrina Gladys.

Gladys

Rain-Leod, alta y fina de facciones, había heredado la encarnación esbelta, y a la par opulenta en formas, de su madre. Poseía en ciertos instantes la misma dureza metálica en los grises ojos que caracterizaba al difunto Fergus.

Pero fueron cariñosos dichos ojos, y amable el dibujo carnosos de los labios cuando, al entrar Laskar, invitó señalando un escabel ante ellas dos:

—Siéntate, Jim.

Titubeó éste, y ella repitió con firme tono:

—Siéntate, Jim Laskar. Fuiste el segundo de mi padre, y tienes derecho a expresar tu opinión acerca de la venta de nuestras propiedades.

—Bruto soy, pero no malintencionado, señorita. ¿De qué sirve casa de patrón sin velero con capitán que pueda llevar las lanchas a echar las redes? No hay capitán para el «Gladys», y usted ha de vender. Es la realidad.

—Eso es, Jim —aprobó tímidamente tía Daisy, sentada un poco más atrás del sillón ocupado por su sobrina.

Resonó espaciado el doble aldabonazo con el que alguien llamaba a la puerta principal. Jim Laskar se puso en pie, y Gladys le señaló el costado izquierdo de su propio asiento.

—Permanecerás aquí, Jim, todo oídos a lo que viene a proponer Ian Kiltern, que encubrirá con manto de zorro blanco su pelaje de lobo.

Sibyl Laskar apareció en el umbral, anunciando:

—El señor Ian.

Ian Kiltern, alto y de flaca robustez, tenía rojizo y crespo el cabello, que empezaba a encanecer. El magro rostro poseía una afilada nariz corva sobre los delgados labios, y sus azules ojos contenían inmensa astucia.

Avanzó pausadamente, arrogantes sus cuarenta y ocho años, vistiendo holgado traje de lana *tweed*, de chaquetón abrochado hasta el cuello, y recto pantalón que cubría la bota ceñida bajo la tela a la pantorrilla.

Salvo las mujeres, el calzado en Thürsom era de dos clases: bota a media pierna, en tierra, y bota hasta lo alto del muslo, a bordo.

Con sumisión muy femenina ante los hombres autoritarios, Daisy Duvengan se puso en pie. Gladys permaneció sentada, y Ian Kiltern, al llegar frente a ellas dos, tocó con la aguda barbilla su pecho, en rápida cabezada de saludo.

—Buenas tardes, Gladys

Rain-Leod.

Buenas tardes, Daisy Duvengan.

Miró fijamente a Jim Laskar, que le devolvió idéntica ojeada hostil. Y marcando la significativa pausa de silencio, mudo reproche a la presencia de un ser inferior en rango, se instaló en el escabel que le señalaba Gladys.

—Su esposa me comunicó que usted deseaba hablarme.

—Estuve esperando que te decidieras a hablarme, Gladys, pero en vista de que tardabas, he decidido abordar de proa. Yo no deseo en modo alguno forzar tú voluntad, pero hay que encararse con el viento según quiera soplar. Fuimos rivales tu padre y yo, pero nunca enemigos.

—Así nos consta. Ofrezca usted, patrón Kiltern.

—Tú misma, Gladys. Yo estoy dispuesto a ayudar a la hija, de Fergus.

—No preciso su ayuda, aunque le doy gracias. Y si me he decidido a vender es forzada por las circunstancias, ya que aunque dieran un tercio de las redadas al capitán que pilotará, el «Gladys», no hallaría hombre capaz dispuesto a ello. ¿Por qué? Porque saben que usted se convertiría en su enemigo, y nadie se atreve a arrostrar su enemistad.

Ian Kiltern encogió los anchos hombros con gesto despectivo.

—Los que tenemos que imponer nuestra autoridad en este puerto bárbaro no estamos a cubierto de los dimes y diretes. Tú pusiste reclamo en el embarcadero, y fue pregonada tu petición de capitán. Y si nadie se ha presentado, es porque aquí no existe el piloto que se atreva a tomar la responsabilidad de mandar en el «Gladys»... debido a qué es un velero, y no una chalupa, ni una lancha. La clueca la lleva el gallo, no el pollito. Te ofrezco tres mil guineas oro.

—¿Y cuánto por el privilegio que le convierte en armador exclusivo del Cabo de la Ira?

—Por el velero, sus lanchas, aparejos, esta casa, los secaderos y el privilegio, el máximo que puedo darte son tres mil guineas oro, Gladys.

Intervino, enrojecido el rostro por la íntima furia, Jim Laskar:

—Mi amo valoró el velero, por bajo, sin lanchas ni aparejos, en cinco mil guineas oro, patrón Kiltern.

Ian Kiltern, fruncidas las cejas, crispando los puños preguntó:

—¿Desde cuándo hablan los criados segundones...?

—¡Desde que en esta casa heredé el mando yo, Ian Kiltern! —
atajó Gladys, brillantes los grises ojos.

Ian Kiltern avanzó la diestra, abierta en ademán conciliador.

—Recio el temple. Gladys

Rain-Leod

y lástima que nacieras mujer bonita y no varón marinero. No me duelen prendas, y admito la reprimenda, puesto que eres dueña de esta casa y estoy en visita amistosa.

—Le agradezco que sea usted afable; pero no nos engañemos, patrón Kiltern. Mis veintiún años han transcurrido aquí, y casi sola al morir mi madre cuando no había yo cumplido los once años, aprendí a observar, escuchar y callar. Ahora me toca decir algo. Usted sabe que me veo obligada a vender, y no acepto fingimientos.

—No finjamos, pues, y apuntemos el botalón. Firma en los libros de Fergus la cesión, y tuyas serán mis tres mil guineas oro.

—Si existiera capitán apto para el «Gladys», triplicaría usted, por lo menos, su oferta.

—No existe capitán para el «Gladys».

Ella sonrió en forma extraña, y Kiltern la contemplo intrigado.

—¿Está usted muy seguro de que no existe un piloto suficientemente apto para gobernarlo?

—Nuestro mar sólo lo cabalgan hombres de Thürsom. Ningún piloto, por capaz que sea en otras aguas, podría siquiera apartar tu velero un par de millas de este puerto.

—Hace seis años, en Thürsom se alababa mucho a cierto hombre que fue capitán de flotilla antes que Clay Irving.

Ian Kiltern rió burlonamente, con aspereza, antes de replicar:

—Eras tú muy niña por entonces. Pero ahí tienes a Laskar... Mírale y verás lo que su rostro expresa al oírte mencionar a Jerry Carrol, sí como supongo es a este perdulario a quien aludes.

—En efecto, me refiero al capitán Jerry Carrol.

—Te haré una breve semblanza del pícaro Carrol. Lo expulsé a latigazos de Thürsom por asesino, por ladrón y por no tener alma ni sentimientos. De vez en cuando he ido sabiendo noticias suyas. Primero embarcó hacia las Antillas, y regresó convertido en un odre de ron. Rodando por las tabernas, malviviendo con mujerzuelas, yendo de pendencia en pendencia y buscando con su cuchillo quién

le abriera en canal, porque el remordimiento de su villanía no lo puede inundar en ron ni en sangre de peleas. Lo último que de Jerry Carrol supe, es que le apuñalaron en un puerto al sur de Cromarty. Si ha sobrevivido, si puede sostenerse en pie sin beber unas horas, y suponiendo que fueras tan imprudente como para enviarle a buscar, nadie le obedecería, porque no es ya un hombre, sino un guiñapo borracho. Lo mejor que ha podido pasarle es que el cuchillo que le hincaron, lo matara.

—Vive, y no hace ni una semana que le vieron en Nairn.

—Escucha, Gladys. Mejor será que tu pregonero pida a un pescador de sardinas del sur que trate de mandar en tu velero. Desde que yo eché de este puerto a Jerry Carrol, fue dando bandadas, convirtiéndose en un miserable que mendiga y roba por un vaso de ron malo. Te lo repito, ya no es un hombre, sino un saco que apenas podrá sostenerse en pie.

—Si tanto arguye usted en contra de él, es que el capitán Carrol valdrá mucho más de lo que yo pensaba.

Levantándose, Ian Kiltern anunció secamente:

—No perdamos más tiempo, Gladys. Ya me mandarás aviso cuando estés dispuesta a firmar la cesión. Pero... te lo advierto por tu bien: si dejas transcurrir los meses se pudrirán las cuadernas del velero, y entonces no te ofreceré lo que hoy he ofrecido, Buenas tardes.

—Acompaña al patrón Kiltern, Jim.

Ya en el camino frente a la puerta, Ian Kiltern miró con frialdad a Jim Laskar.

—Hora es de verdades, Laskar. Sé que no me aprecias.

—Como patrón de mar, sí. ¡Como mercader, no!

—Te tolero el ladrido porque te vas a ir, y pronto, de este pueblo. De otro modo, a mí no hay quien me escupa bravatas.

—No es bravata, sino la verdad, Ian Kiltern. Ha ofrecido usted...

—Acepto a los perros ajenos la lealtad hacia su dueña. Y por esto mismo te apodarán «Laskar el loco» si dejas a tu dueña pensar siquiera que Jerry Carrol pueda mandar un barco... ¡Un salvaje que ni en el mismo sabe mandar!

—Es mi propósito hacerla desistir, sí tal disparate hubiese pensado.

—Celebro oírte, Laskar. Y procura que ella venda lo antes

posible, porque se acerca el mal tiempo y perderá valor el «Gladys», allí embarrancado.

Jim Laskar, regresando al salón, se enfrentó respetuoso pero ceñudo, con Gladys:

—Espero que fue por inquietar a Kiltern que dijo Usted que podía el capitán Carrol...

—Vender es abandonar esta casa, Jim. Irnos es permitir que la soberanía de Kiltern triunfe. Tú mismo sabes que a punto de zozobrar es buen asidero hasta la aleta, de un tiburón vivo.

—Pero Jerry Carrol es un mal hombre.

—No pensaba así mi padre. Me dijo una vez que Carrol era duro, implacable y violento, porque así lo exigía nuestro mar. Pero que no había mejor capitán en Thürsom; y que si se hubiera hurgado mucho en las extrañas acusaciones que le hizo Kiltern, se habría podido descubrir un extraño secreto. No dijo más, ni pregunté yo. Y aunque fuera Carrol el peor rufián del mundo entero, ¡fue el mejor piloto de esta costa! Convoca a la tripulación, y ha de estar todo listo para zarpar mañana al lucir el día. Iremos a Nairn.

—Pero ¿no pensará usted exponerse a desagradables momentos, yendo a Nairn? No discuto la capacidad de Jerry Carrol como piloto, pero como hombre es un perdulario. No ha mentido Kiltern al decir que Carrol frecuenta mujerzuelas y es un salvaje grosero. Pero... usted manda, y si es su decisión intentar que Carrol..., yo iré.

—He oído cuanto de él se ha dicho. Ahora soy yo quien quiere oírle. Obedece, Jim. Lista la tripulación al amanecer, para anclar en Nairn. Yo personalmente quiero juzgar si Jerry Carrol puede ser la aleta de tiburón a la que tengo que asirme.

Jim Laskar abandonó la casa, bien dispuesto a no mencionar siquiera el rumbo que al día siguiente tomaría el velero. Ni mucho menos aludir a Jerry Carrol, a quien muchos que estuvieron a sus órdenes seguían aún llamando «hijo de Satán».

Daisy Duvengan, ayudando a su sobrina a colocar en el saco de viaje la ropa necesaria, opinó cohibida:

—Nairn es un puerto donde sólo van marineros sin honra, contrabandistas y fugitivos, Gladys. Y las mujeres que allí residen son de las que perdieron la vergüenza.

Sonrió ella, con desdén:

—No soy ya ninguna niña, tía Daisy. Y no importa nunca dónde vamos y con quién tratamos, sino saber afrontar lo peor cuando las circunstancias así lo exigen.

—Pero a ese hombre, a Jerry Carrol, yo le recuerdo muy bien, y por entonces era ya un atrevido descarado con las mujeres y un bravucón salvaje con todos...

—Desistiré si compruebo que no hay salvación posible para Jerry Carrol. Tú y Sibyl, en mi ausencia, guardáis la propiedad de Fergus

Rain-Leod.

Daisy Duvengan ya no puso más objeciones, y cuando el velero doblaba el estrecho paso de salida de Thürsom, fue a buscar consuelo y esperanza en la sensata palabra del pastor Finnan.

CAPÍTULO II

Nairn, al sur de Cromarty, era considerado un puerto donde los turbios tráficos encontraban marco adecuado de discreción. Sus húmedas y lóbregas callejas adquirían vitalidad y ajetreo al declinar la tarde, y sus numerosos antros proporcionaban ruidosa diversión a los que volvían de larga travesía.

También encontraba refugio el fugitivo marinero que no quería acabar de cumplir su enrol, o no deseaba verse sometido a interrogatorio de juez.

En uno de los callejones laterales al principal del barrio nocturno, tres hombres sostuvieron un breve conciliábulo, deteniendo su paso algo torpe frente a un zaguán, iluminado por la luz que transparentaba un ancho ventanal a un lado de la casa de dos plantas y estrecha fachada.

—Te digo que es aquí donde vive ella —afirmó uno con lengua tartajosa.

—Mientras se pueda beber, no sé a qué esperamos.

—Es que dicen que Greta ya no acepta bromas, porque tiene un alojado que gasta, muy mal genio. Descalabró a varios... —objetó el tercero en discordia, que llevaba ya más de una hora pretendiendo oponerse al propósito de los otros dos.

El que había iniciado la idea de visitar la taberna, que meses antes tenía camareras, avanzó hacia el marco iluminado, diciendo:

—Esto sigue siendo un local donde se bebe. Y a mí no ha nacido quién me impida hacer lo que me hincó entre cejas.

Le siguieron los otros dos, y empujada la puerta, entraron en la sala, amueblada con cuatro mesas y banquetas. Al fondo la botillería en el armario respaldaba a la mujer rubia que, fumando un cigarrillo, acodábase al mostrador, leyendo con atención una

revista náutica.

A la derecha, una cortina cubría, el marco de acceso a un comedor, una cocina y la escalera que conducía al primer piso.

Greta Donegal, ex cantante de *cabaret*, despidió a las cuatro camareras al mes de haber adquirido aquel tabernucho. Lo compró con dinero que le proporcionó el «Intelligence Service» londinense, que deseaba tener en Nairn una mujer bonita, experta y nada asustadiza.

Alzó ella la mirada de la revista, y sonrió al reconocer al que se aferraba al mostrador, mientras los otros dos se sentaban en la mesa más próxima.

—Buenas noches, reina de Nairn. Estás muy sola. ¿No viene ya la gente de buen paladar por aquí?

—Hola, Brod. Viene poca clientela, pero selecta, desde que prescindí de charlatanas y elevó el precio de las consumiciones.

—¡*Whisky* del verdadero para tres! —reclamó uno de los sentados, palmoteando sobre la mesa.

Greta Donegal apuntó con el cigarrillo hacia el que vociferaba.

—No estoy sorda, y si no lo está usted, ya oyó lo que dije. Sólo viene a mi bar gente selecta.

—¿Esto es un bar? ¡Venga ya, doncella! Trae *whisky* legítimo, y menos remilgos.

Greta Donegal tocó en el hombro al que conocía.

—Adviértelas a tus amigos que tengo un huésped al que le molestan los bramidos.

—Ya nos dijeron que en vez de mastín, has puesto el collar a un mastodonte que presume de guapo. Y palabra que no me disgustaría verle la cara. Tú sabes que siempre tuve debilidad por ti, Greta...

—Toma tónico —rió ella, tendiendo una botella, de *whisky* y alineando tres vasos—. Te sirvo a ti, pero a ellos dos que les sirva su amigo, que eres tú.

De la mesa, el que había ya expuesto con reciedumbre de voz sus particulares opiniones, se levantó para acercarse al mostrador:

—Conque hay un alojado cuya sensibilidad se molesta pronto, ¿no? Descorcha y sirve, doncella.

—Déjala en paz —intervino el tercero—. No hemos venido a buscar camorra a nadie.

—Tú lo que eres es un blando.

—Al diablo contigo, Lewis. Yo me largo, porque ya os he cogido el número, y no vais a parar hasta armarla.

—Buen viaje —comentó Lewis, mientras el tercero en discordia abandonaba el local—. Sirve ya, doncella.

Greta Donegal descorchó, vertiendo, en la copa ante Brod. Dejó el frasco entre las dos copas, retiró la tercera, y prosiguió hojeando la revista.

Lewis bebió un sorbo, y Brod quitó de las manos femeninas la revista.

—Estás muy desdeñosa; desde que tienes un alojado de postín.

—Aquello es una pianola, y si la pones en marcha, la doncella y yo nos vamos a dar unos saltos divertidos.

Brod se dirigió hacia la pianola, rebuscó entre sus títulos de los cilindros estuchados, y eligiendo uno, lo ensartó, empujando la palanca de marcha.

Lewis tendió los brazos.

—¿Vienes o te caso, doncella?

—Hoy no bailo, mañana si —sonrió ella.

—No dejes nunca para mañana lo que puedas hacer hoy —expuso Brod acercándose.

—Bebed y dejadme en paz.

—¡Venga ya, doncella! O te voy a extraer como un corcho...

El que gritaba se interrumpió, coincidiendo con el cese de la musiquilla. Ambos marineros contemplaron al que, oscilante aún la cortina, acababa de cerrar la palanca de marcha.

Jerry Carrol era un auténtico ejemplar de atleta, pero siniestro. La anchura triangular del torso hacía parecer delgadas sus largas y musculosas piernas. Revuelto el negro y largo cabello; el rostro enjuto, demacrado; con barba en collar, sin afeitar las mejillas, ostentaba una cicatriz en el pómulo izquierdo.

Calzaba unas botas cortas, faltas de lustre, un pantalón azul de dril, manchado, y la camisa era de seda que había sido blanca.

Bostezó ampliamente al aproximarse a la esquina del mostrador. Sus verdes pupilas hundidas en las cuencas ojerosas no habían aún mirado a los dos clientes.

Habló en voz baja, que resultó roncamente desagradable:

—Diles a esta pareja de tunantes que empezaba a dormirme cuando les oí rebuznar. Trae mi jarrillo.

Brod Martens hundió la mano derecha en la ranura horizontal de su pantalón, apartándose del mostrador.

Lewis Cortland terminó de beber su segunda copa y Greta Donegal, abandonando su taburete, pasó junto a Carrol, dejando frente a él un jarrillo de plata y una garrafita panzuda.

—Si quieres cerraré, Jerry —murmuró.

Denegó él con la cabeza, y Lewis Martens afinó la voz:

—«Si quieres cerraré, Jerry». ¿Te das cuenta de cómo tiene amaestrada a la tigresa, Brod? ¡Quién te vio y quién te ve, doncella!

Greta Donegal dirigióse hacia la cortina y, apartándola, desapareció.

Brod Martens, palpando el muelle de su cuchillo bajo la tela, contempló al que empuñando con tres dedos el asa de la garrafita vertía en su jarrillo el oscuro ámbar del ron.

Echó atrás el redondo y macizo cuello, para ingerir casi todo el contenido del jarrillo. Dejó muy poco...

El suficiente para arrojar a los ojos de Lewis Cortland, al tiempo que decía con su desagradable ronquera:

—Ahuecad, tunantes.

Brod Martens hizo tres gestos simultáneos. Alzar una banqueta, dar dos pasos y adelantar la diestra en sentido ascendente desde el bolsillo al pecho de Jerry Carrol.

La banqueta bajando fue asida por una de sus patas, y empujó Carrol mientras su puño izquierdo golpeaba el antebrazo diestro de Martens, cuya mano esgrimía el cuchillo marinero, que cayó al suelo.

Lewis Cortland, ya frotados los ojos, acudió empuñando por el gollete el frasco de *whisky*...

Jerry Carrol se movía con la felina calma de una fiera segura de la efectividad de sus zarpazos.

Un alevoso puntapié interrumpió el avance de Cortland que inclinándose súbitamente ofreció la nuca al estampido con el cual se estrelló en ella la panzuda garrafita.

Dio tiempo a Martens para arremeter de lado, cabeza baja, inclinado de modo que, asestando un izquierdazo contundente, pudo alargar la diestra hacia el cuchillo que había perdido cuando el empujón de la banqueta que empleaba de mazo le derribó y su mano se abrió, como si en vez de un puñetazo hubiera recibido una

descarga eléctrica.

Su puño esta vez se hundió en el estómago de Carrol, pero cuando tocaba ya el mango del cuchillo, estalló ante sus ojos un negro firmamento poblado de repentinas estrellas.

El punterazo de la bota dio de lleno bajo su barbilla...

Desde el otro lado de la ventana lateral, Gladys

Rain-Leod,

que había presenciado bastantes peleas en Thürsom, se estremeció con repulsión al ver cómo Jerry Carrol, asiendo por los cuellos del chaquetón a los dos marineros medio inconscientes, hacía entrechocar las cabezas repetidamente.

Jim Laskar murmuró:

—Mejor será que mañana por la mañana venga a verle este hombre, como pertenece a una señorita que no debería estar aquí.

Gladys

Rain-Leod

empujaba ya la puerta, y Laskar se apresuró a entrar.

Jerry Carrol, que avanzaba hacia la puerta llevando a cada lado, cogidos por él colete del chaquetón, a los desmadejados camorristas, miró a la que se sentaba y al que permanecía en pie, al lado de ella.

Soltó presa, y Lewis Cortland y Brod Martens chocaron la inconsciente cabeza contra el suelo.

El capitán Jerry Carrol adquirió de pronto la sensación de que era molesto verse mirado de aquella manera por la límpida claridad de las pupilas del muy bruto pero íntegro marinero que era Jim Laskar.

Dando media vuelta dirigióse hacia el mostrador, y Greta Donegal, que acudía, se detuvo porque Carrol, en voz baja imprecó:

—¡No, sirvas! Vete a avisar a uno de tus conocidos polizones y que se lleven al par de tunantes.

Greta Donegal demostró práctica en acabar de sacar al exterior uno tras otro, a los sangrantes camorristas que deseaban conocer al huésped.

Jerry Carrol atrajo hacia sí otra, garrafitita, y prescindió del jarrillo de plata, bebiendo al gollote.

Gladys

Rain-Leod

esperó unos instantes, y cuando los verdes ojos hundidos en el demacrado rostro barbudo la miraron, volvió a estremecerse...

Había malignidad, odio, en aquella mirada. Era el modo de corresponder al mudo reproche que Jerry Carrol leía en ambos rostros.

Por fin, ella decidió romper el inquietante silencio.

—Puede que no me recuerde, capitán Carrol.

Los labios, entre la hirsuta piel, avanzaron en mueca sarcástica, de infinita burla, que complementaba el arqueo circunflejo de las cejas.

—Puede que sí, por el cachalote que tienes a estribor. ¿Ha habido un glorioso terremoto en vuestro odioso, lúgubre y mustio Thürsom? No puede ser verdad tanta belleza. Y desgraciadamente seguirán en pie las sucias barracas de aquel poblacho.

—Donde usted nació, capitán Carrol.

—Ésta es la pena que trato inútilmente de achicar encofrando ron. Y a todas éstas, ¿perdiste el seso, Jim Laskar, que traes aquí, a un puerto como Nairn, a la señorita de los ojos grises que no puede ser otra que la hija de Fergus Rain-Leod?

—Le queda a usted un soplo le decencia, puesto que admite que este lugar es impropio de gente de bien —replicó ella.

—Llevo años escorando, y nada puede sorprenderme; pero seguía suponiendo que en la triste madriguera del Cabo de la Ira había dos hombres sensatos y decentes: tu patrón Fergus y tú. ¿Es que la señorita desea ver mundo, Jim?

Jim Laskar iba a contestar, pero anticipándose ella lo hizo:

—Murió mi padre, capitán Carrol. Y he venido a darle la ocasión de volver a ser hombre de mar y no morir como matón de taberna.

Irguiéndose, Jerry Carrol alzó los dos puños crispados, dando unos pasos hacia la mesa tras la que se sentaba ella. Jim Laskar avanzó el busto en gesto amenazador...

Jerry Carrol dejó caer los brazos, arqueó las cejas y adelantó los labios en su peculiar mueca sarcástica, mientras cabalgaba la banqueta para ladearla y contemplar con curiosidad a la pálida muchacha, que al otro lado de la mesa dijo suavemente:

—No es usted tan perdulario como se rumorea, capitán Carrol. Llegaron a decir que no le quedaba un resto siquiera de dignidad.

Pero al menos sabe contenerse y no abofetear a una mujer, que ha venido a decirle verdades.

—Si soporté los latigazos de Ian Kiltern, bien puedo aguantar los alfilerazos de una mocosa altiva. Y oído al parche, Laskar. No vuelvas a gruñir ofendido, porque si fuiste sensato, admitirías ahora que yo no llamé a nadie de Thürsom, y menos a una señorita majadera.

—¡Yo quise oponerme a que ella viniese, Jerry Carrol! Pero usted fue siempre cortés con quien lo merece. Y me quema la sangre oír motejar a la señorita Gladys, que, desesperada, le dio por creer que usted...

—Preferirá correr riesgos con buen fin, a morir como un rufián. Porque usted no es un rufián, capitán Carrol.

—Hace ya seis años que no soy capitán de nada ni de nadie. Y de si soy o dejo de ser, tú ¿qué sabes, niña? Te vi rodar el aro, cuando ya tenía mudados varios pares de botas carcomidas por la sal. Lo que no acierto a vislumbrar es qué haces tú aquí, en Nairn.

—Ian Kiltern quiere comprar el velero, y no hay capitán para mandarlo.

Jerry Carrol pestañeó, y a borbotones primero, después con áspera brutalidad, rió sin la menor alegría. Enrojeció Laskar, pero ella permaneció aparentemente tranquila.

—El tercio de las redadas para usted, si acepta mandar en mi velero, capitán Carrol.

—¡Por todos los hígados de tiburón que has destripado, Laskar! Llévate a tu mocosa y que la vea un médico de Glasgow. De esos que calafatean sesos... ¡Anda, cetáceo, leva anclas con tu mocosa!

—Se esfuerza usted en ser grosero conmigo, y suena a falso, capitán Carrol. De cuanto le haya podido suceder, de su actual indignidad, culpe a quien quiera, pero no ofenda a Jim. Yo estoy muy por encima de insultos, porque me impulsó a venir lo que considero sagrado: intentar que siga surcando nuestro mar proa que con cariño bautizó mi padre.

Pasándose la mano por el hirsuto semblante, Jerry Carrol argumentó:

—Mis respetos para la hija de Fergus, que fue hombre valiente y contra quien nada tuve. Pero es preciso que tú comprendas una gran verdad: aquí, viviendo mal que bien, voy navegando en seco

bajo los pies y mojado de firme por dentro. Allá quedó otra verdad: aguanté latigazos y marcado quedé, no en la carne, que esta cierra, sino en la frente, con dos mote: ladrón cobarde. Y no he de volver allá, ni así me ofrecieras tu casa, tus secaderos y el propio «Gladys».

—Debería sentir desprecio por usted, capitán Carrol, pero no puedo. Pensé que le quedaría coraje, porque son varios meses los que llevo pensando en muchas cosas, desde que, muerto mi padre, supe que llegaría el momento en que le vería a usted. Yo me esforcé en recordarle tal como le vi cuando como dice, hacía rodar el aro. Limpio, aseado, empleando su fuerza y su coraje en hacerse obedecer y en dominar barcos tripulados por hombres de mal temple. ¿Es que desea morir como un rufián?

—Deseo tener la propiedad de un legítimo derecho muy mío: vivir y morir como me de la real gana.

—¿Le tiene miedo a Ian Kiltern?

Ensanchó el pecho de Carrol hondo alentar, y brillaron hostiles sus verdes ojos. Prefirió contenerse porque había leído muda súplica en el rostro brutal de Jim Laskar.

—Le tengo miedo a tu inconsciencia, Gladys
Rain-Leod.

No volvería a Thürsom ni por todo del oro del mundo, y comprendo que, en tu deseo, hayas acudido a mí como acude al agua fangosa la gacela sedienta. Pero antes de que te vayas, sólo te daré una prueba de que no estás en tus cabales. ¿Sabes lo que sucedería si yo fuera tan loco como para pisar la toldilla de tu velero? ¿Cuántos continúan enrolados, Laskar?

—Cuarenta y uno, incluido yo, señor.

—Pues te predigo lo que sucedería, Gladys. Quedaría reducida tu tripulación a unos cuantos menos, porque me recibirían de uñas. Y para tener mando, hay que imponerlo, por nuestro mar y en todos.

—Si unos cuantos son despedidos para que el resto obedezca, ley de mar es, capitán Carrol.

—¿Despedidos? No, no... En fin, se acabó la audiencia. Te acompañaré hasta la puerta, y no abusemos de la discreción de la que no entra esperando que os vayáis.

Hizo Carrol un ademán invitador, y Greta Donegal abandonó el marco del ventanal para empujando la puerta, entrar, cerrándola

por dentro.

Al volverse, dijo:

—He explicado lo qué sucedió, Jerry, pero el sargento Mulligan te pide que vayas a declarar lo antes posible. Espera que obedecerás.

—Vuelve tú y dile que hay la misma distancia de aquí a su jaula que a la inversa. Arréglalo como quieras.

Greta Donegal se había ido ya, cuando murmuró Gladys:

—Le molestó a usted que le dijera una verdad, que he de repetir: es penoso verle comportarse así, como un matón de taberna.

—¡Fuera con ella, Jim Laskar! Envuélvela en la mantilla de pañales y cuídala bien. Es una criatura exasperante, pero valiente, que no se arredra ante un borrachín sucio y repulsivo. ¡Fuera con ella, Jim Laskar!

Gladys, en pie, miró al coloso que titubeaba.

—Espérame fuera, Jim. Quiero despedirme del que fue capitán Carrol. A solas...

Jim Laskar obedeció, y cuando ya había traspuesto el umbral, Gladys, en voz baja, habló quedamente:

—Mintió usted al decir que por nada del mundo volvería a Thürsom. Miente usted al pretender encenagarse, y comportarse como un rufián. Y no es un rufián, capitán Carrol, porque esta clase de hombres no lloran creyéndose a solas, arrodillados ante una tumba de mujer.

Jerry Carrol contrajo espasmódicamente los hombros, mientras se volvía y caminaba hacia el mostrador. Lívido el cetrino semblante, entrechocó involuntariamente la garrafito que asía, con pulso temblón, contra el jarrillo de plata.

Levantó el jarrillo lleno dispuesto a beberlo... Una mano blanca, pero firme, empujó y el ron desparramóse.

Jerry Carrol mostró los dientes en mueca siniestra, relucientes los ojos.

—¿Que te has propuesto, Gladys? ¿Comprobar si entre mis delitos figura el de estrangular a una orgullosa heredera de velero?

Íntimamente asustada, pero con exterior decisión, manifestó ella:

—Por la que murió, por la que visita usted a escondidas, una vez por año, cada trece de octubre, allá en la altura de los Sauces. Por

ella, ante cuya cruz y lápida le vi llorar y rezar. Por el secreto que compartimos y cuyo misterio no quiero saber... Yo, que soy la única persona en todo Thürsom que cree que usted puede redimirse, se lo pido, capitán Carrol.

Sombríamente, inquirió él:

—¿Es sólo por mejorar mi final, que me pide usted ir a morir en el Cabo de la Ira?

—Lo pido porque no quiero someterme sin luchar, no por su redención, capitán Carrol.

—Puede usted ser exasperante, pero es sincera, señorita Gladys.

Por primera vez, esbozó ella una sonrisa, aunque fugaz.

—Esperaré tres días en la hostería del Ancla. Buenas noches, capitán.

—Un momento, señorita Gladys. ¿Ha pensado bien en las consecuencias de su oferta?

—Las acepto. Usted es quien no ignora que, por todos los medios, Ian Kiltern tratará de hundirle.

—Conozco sobradamente a Kiltern. Yo puedo responder de mi piel, pero hay algo que no se le habrá ocurrido a usted. Ian Kiltern no aceptó nunca desafíos y no retrocederá ante nada. Ni siquiera ante la idea de hundir el velero, y exterminar la tripulación, como si fuera obra de una tormenta más. Y no dejaría testigos.

—Yo sería testigo, porque es mi intención correr cuantos riesgos puedan afrontar los hombres del «Gladys».

—¿Usted...? ¡Bien manda la hija del patrón Fergus! —E inclinándose levemente, añadió al erguirse—: ¿A qué hora del día de mañana me recibirá usted en la «Hostería del Ancla», señorita Gladys?

—Me complacerá recibirle a las diez, capitán Carrol.

Abriendo la puerta, Jerry Carrol contempló en silencio a la que se fue sombreada por la escolta del segundo de a bordo.

Y entre dientes, murmuró:

—Malos vientos van a soplar, Ian Kiltern... para nosotros dos.

CAPÍTULO III

En el fiordo de profundas y quietas aguas, resaltaba a ras de mar el surco blanquecino, semejante al que pudiera dejar la aleta de un tiburón.

Un surco que se inmovilizó y en cuyo alrededor el agua empezó a removerse, como si hirviera, hasta que resbaló sobre la acerada masa bamboleante que iba emergiendo.

El submarino se fue siluetando en la obscuridad próxima al amanecer, y empujando la compuerta de la torreta, surgió primero el busto de un oficial alemán, que reglamentariamente escrutó las tinieblas en torno, y al no divisar luz alguna, ni el menor indicio de humana presencia, saltó a la pequeña cubierta.

Tras él aparecieron dos marinos, que se cuadraron a cada lado de la torreta, por la que con menos agilidad fue saliendo un individuo vestido como un cazador escocés.

Una gorra de cuadros grises y negros, un chaquetón de gruesa lana áspera, bombachos y polainas abotonadas, con trabilla bajo la suela de las botas de cazador.

Y para complementar su equipo, llevaba en bandolera el morral y al hombro una escopeta.

Cuando llegó al lado del oficial, aparecía ya por la torreta empujado verticalmente desde abajo el «dinghy».



—No existe ley para imponerla a este hijo de Satán...

Los dos marinos que esperaban recogieron el bote, en cuya horquilla de sujeción del remo insertó uno de ellos el garfio del bichero, mientras el otra, valiéndose del cabo enlazado en la pasarela, iba resbalando por el casco, hasta que consiguió mantener a flote el esquiife, y, arrodillándose en él, permanecer asido del cabo, enhiesto el remo apenas su compañero quitó el bichero.

El capitán del submarino se cuadró al empezar a hablar Erich Gunther jefe del espionaje alemán en la zona Norte de Escocia:

—Exactamente a esta misma hora, pasado mañana, enviará el bote a recogerme, capitán. Si no estuviera en el sitio que ahora indicaré al que me acompañará, no demore esperando, y regrese a su base. Tan pronto amanezca, los topógrafos que han efectuado conmigo el viaje, establecerán la exacta situación del lugar que podrá servir para depósito de combustible, si como espero llego a acuerdo con el hombre que voy a visitar. Nada más.

El otro marinero ayudó a Erich Gunther a deslizarse hasta el bote, y apenas se hubo instalado en el estrecho banquillo el pasajero, soltó el marino el cabo, empujó con el extremo del remo y el esquife, separándose del costado del sumergible, fue alejándose fiordo adentro.

Erich Gunther tocó la espalda del marino arrodillado, que cesó en su bogar idéntico al de un remero de *kayak*.

A unos veinte metros blanqueaba la roca del acantilado, en cuya base el mar socavaba varios entrantes. Erich Gunther sacó del morral una linterna y proyectó el foco de luz brevemente, y a ras de agua, hacia lo que en las tinieblas semejabán arcadas irregulares.

—Volveré a enfocar un solo punto, Karl. Remarás rectamente a este punto. ¡Atento!

El haz de luz dio la orientación, y Karl remó de nuevo, hasta que el esquife penetró en la gruta, en cuyo interior, Erich Gunther encendió su linterna, iluminando las dos plataformas laterales y la angosta del fondo.

—Aquí mismo, pasado mañana, a esta misma hora, esperaré, Karl. Cuando vuelvas al sumergible, lo harás con luz de amanecer, para que tu capitán te vea salir de esta gruta, que es la que pisarán después de mí los topógrafos que tú traerás. Repite, Karl.

Dócilmente demostró el marino, elegido entre los más inteligentes, que había entendido la explicación.

Poco después, Erich Gunther se alejaba por el interior de la gruta, mientras el marino daba vuelta al «dinghy», reteniéndolo con suave paletada, en espera de que la bocana de la gruta, se perfilase con la alborada.

Hacía ya más de media hora que había amanecido, cuando Erich Gunther alcanzaba, la cima del acantilado, situado casi en la

extremidad norteña de la costa oriental y protegida de las Tierras Altas.

Con sus prismáticos fue buscando los puntos de referencia de la zona que había estudiado y recorrido, como geólogo, en los últimos dos años, y de la que había sacado planos elaborados técnicamente con miras a futuros aprovechamientos bélicos.

Cuando llegó al final de la zona rocosa y desértica, en el linde donde empezaba la espesa vegetación, extrajo la copia impresa sacada de sus propios apuntes y desplegó el mapa que contenía.

Con el índice recorrió el trazo rojo que señalaba el camino accidentado que desde aquel sitio enlazaba con la aldea de Thürsom.

Las marcas convencionales, llevaban números que tenían su explicación en el índice, y que servirían en caso de muerte de *Herr Gunther* para que otros agentes del Servicio Secreto alemán, en la sección del Almirantazgo, pudieran recorrer aquel mismo camino.

Concienzudamente, Gunther, aunque no necesitaba del plano trazado por él mismo, quiso comprobar en la larga caminata si un agente desconocedor de aquel terreno sabría llegar a Thürsom.

Y volvió a sentirse muy orgulloso de sí, a medida que fue adquiriendo la certeza de que aquel plano era una guía útil para cuando llegase el día en que el Alto Mando estimara oportuno enviar desde el acantilado marcado «Base Aprovechamiento 55», hombres armados a Thürsom.

Pero supondría un gran ahorro de efectivos, el disponer en la solitaria rada del Cabo de la Ira de un auxiliar seguro.

Además de buen geólogo, Erich Gunther se consideraba un conocedor de los seres humanos. Y cuando seis meses antes había visitado Thürsom, presentándose como cazador procedente, de Glasgow, tuvo ocasión de conocer a Ian Kiltern.

Su llegada por tierra fue considerada como casual, le tomaron por un cazador extraviado y Gunther dejó que se consolidara dicha creencia.

Aceptó la hospitalidad de Kiltern, y permaneció en Thürsom el tiempo suficiente para convencerse de que había logrado encontrar lo que buscaba desde que inició su recorrido de las Tierras Altas.

La situación de excepcional aislamiento de aquella rada, sin control de autoridades militares ni marítimas, se avaloraba por la

ambición de poder, de mando y de riqueza, que caracterizaba a Ian Kiltern.

Después de calcular metódicamente sus tres etapas de reposo, Erich Gunther avistaba Thürsom, cuando el día declinaba, y esperó a que anocheciera, para dando un rodeo por la colina de negro basalto llegar a la explanada donde se erguía el torreón del Corsario.

La jauría de caza de los Kiltern había ya anunciado con antelación la presencia de un extraño, cuando Gunther llamaba en la puerta principal.

Minutos después, Ian Kiltern estrechaba la diestra del «cazador de Glasgow», que sorprendentemente y por segunda vez sabía encontrar a pie el poblado, que había abandonado acompañado por los dos hijos de Kiltern. Bryce y Axel, hasta el primer camino viable al Sur.

—No fue, pues, cumplimiento de ciudadano lo que dijo al marcharse Gunther, cuando prometió que volvería porque estaba enamorado de esta quietud alejada de todo contacto con ciudades. ¿Viene con intención de pasar unos días?

—He venido con la intención de convertirle a usted en el hombre más rico de Tierras Altas. Y añado que para continuar nuestra conversación, es preciso que tenga la seguridad de que nadie nos puede oír.

Ian Kiltern consideraba a su visitante, como a un «ciudadano» ponderado, de lenta palabra y que prefería escuchar a hablar.

Sin responder, le precedió por el corredor que conducía al torreón, donde tras remontar la escalera de caracol, en la rotonda alta, acondicionada como una cámara de puente de mando, solía aislarse con frecuencia Ian Kiltern.

—Ante todo, desearía saber su opinión sobre el conflicto armado que ha estallado entre Alemania y Francia, nación esta que tiene pacto de alianza con Inglaterra.

Empequeñeció Kiltern los ojos, al replicar:

—Thürsom es puerto sin bandera, y no me interesan los conflictos que puedan surgir entre ingleses, franceses y alemanes.

—Conozco la tradicional independencia racial de este puerto, pero es innegable que, al entrar en guerra la escuadra inglesa, usted tendrá que sentir una inclinación hacia el Almirantazgo británico.

—Los habitantes de Thürsom poseemos el derecho foral de no prestar servicio militar, ni dependemos de ninguna autoridad marítima directamente.

—Pronto, cuando la escuadra inglesa y la alemana entren en combate, los pesqueros no podrán hacerse a la mar sin mucho riesgo.

—¿Cuál riesgo?

—Uno de los múltiples objetivos de un ejército combatiente, es procurar reducir en lo posible las fuentes de suministro de provisiones al enemigo. Su flotilla surte una vez por año de víveres los almacenes de Dornoch.

—Cuando nos conocimos me dijo usted que su raro acento se debía a haber permanecido mucho tiempo en el Este de Europa.

—Hablabas de su flotilla, Kiltern. Prescindiendo de la garantía que usted obtendría de que sus veleros continuarían a flote hasta la terminación del conflicto y que el encarecimiento de los víveres le proporcionaría un mercado favorable, he de hacerle una pregunta concreta: Su viaje anual, ¿qué beneficios netos le reporta, aproximadamente?

—Existen numerosos imponderables, tales como...

—Un promedio.

—Mal año por mejor, como ganancia neta puedo contar con unas dos mil guineas oro.

—Estoy facultado para garantizarle mensualmente esta cantidad, durante todo el tiempo que dure el conflicto, quedándole además libre paso para la venta de sus productos a los almacenes de Dornoch, con los beneficios que se acumularán cuando transcurrido poco tiempo, los pesqueros de las Orkney, Shetland e Islandia no se atrevan a llegar a la costa de Dornoch, al haber sido torpedeados los de más arqueo. Usted entonces podrá con su flotilla recoger a bajo precio lo que en las tres islas se almacenase por la pesca de cabotaje, y revenderlo a elevados precios en Dornoch, obteniendo además la aureola de bazarra entre sus compatriotas.

—Una oferta interesantísima, pero basada en dos probabilidades: el hundimiento de otras naves, y la garantía de que las mías no sufrirían el mismo trato.

—Contractualmente, no le sorprenderá que no pueda ofrecerle un documento por escrito. Ha de ser un convenio entre nosotros

dos. El primer pago de dos mil guineas lo efectuaría mañana por la noche como paga y señal en determinado punto, al que usted accedería a acompañarme.

—Si le envía el Almirantazgo británico, no considero firme la garantía de no ser hundidos mis veleros.

—Lord Nelson no pagó dos mil guineas mensualmente a ningún capitán de velero. Les dijo a todos una hermosa frase...

—«Inglaterra espera que cada hombre, cumpla con su deber».

—Poética frase, Kiltern.

—Pero que no devolvía a la superficie del mar los barcos hundidos.

—Usted tiene la ventaja de poder elegir entre la actitud poética o enriquecerse inmensamente. Y si triunfase, como es mi fe, la nación que represento, dispondría usted, además de gran riqueza, de ventajas sobre el resto de sus compatriotas.

—Antes de arribar a puerto, estudio siempre todas las posibilidades que la singladura más favorable puede presentarme. Usted me ofrece garantías, riqueza y futuras posibilidades de conseguir, pongamos por ejemplo, el monopolio pesquero de estas Tierras Altas, ¿a cambio de qué? ¿Y en nombre de quién?

—Tengo la responsabilidad de la jefatura del servicio de información a las flotillas de sumergibles alemanes que operarán, en corte sistemático y progresivo del tráfico mercante, en un sector de treinta millas a partir de la costa oriental escocesa.

—¡Ah! Usted es, pues, un espía alemán.

—Soy el jefe del servicio secreto que el Almirantazgo alemán ha designado, desde 1910, en la zona escocesa de Tierras Altas. Con plenos poderes para ofrecer dos mil guineas mensuales al hombre que, como usted, puede evitar al Mando alemán una pérdida de tiempo en el aprovisionamiento de sus sumergibles operando por el sector oriental escocés.

—¿Aprovisionar... a sumergibles?

—Han sido ya elegidos diversos puntos entre la costa citada y las islas a las que antes hizo usted alusión, para almacenar combustible. Un combustible, que al desencadenarse la campaña submarina, supondría gran pérdida de tiempo y el posible riesgo de ser descubierto el sumergible nuestro que fuera a aprovisionarse. Pero que fácilmente podría cargar en sus veleros, y llevarlo al punto

exacto que le sería señalado en longitud y latitud, horario y fecha, mediante el semáforo que montaría aquí mismo, en esta sala, un agente mío, al cual daría usted secreta hospitalidad por todo el tiempo que durasen las hostilidades.

—También los británicos tienen un servicio de información, señor Gunther.

—Aparte de que me estimo muy superior a todos los agentes que Londres haya podido destacar en Escocia, considero que esta comarca es totalmente nula para ellos, puesto que el mar que baña el Cabo de la Ira no es surcado por mercantes ni tiene bases navales. No hay siquiera, no ya un faro, sino un rudimentario semáforo. Usted para los ingleses no existe, y si algún día oyen hablar de sus veleros, los considerarían bizarros burladores del bloqueo alemán submarino.

—¿Por qué me eligió a mí?

—Porque reúne usted las condiciones adecuadas, y al igual como yo respondo de todos los agentes que están a mis órdenes, y de las decisiones que tomo, me consta que usted puede responder del absoluto sigilo de su tripulación, y si es preciso sabrá eliminar a quien o quienes supongan un obstáculo. Usted es virtualmente el dueño de Thürsom, y puede serlo de las factorías pesqueras de la costa oriental escocesa, si como es mi fe, el Imperio Alemán aniquila el poder naval británico.

—Hasta hoy gané dos mil guineas por año, sin otro riesgo que luchar contra el mar. Su oferta es interesante, pero... ¿y si no la aceptase?

—Agradecería su ecuanimidad al haber consentido escucharme, y partiría en busca de otra persona.

—Fergus

Rain-Leod

murió, y su velero pronto será mío.

—No me refería a otra persona en Thürsom.

—Cene conmigo y mañana le daré mi respuesta.

—Cenaré con usted, pero me es imposible quedarme a dormir, ya que dispongo del tiempo justo.

—Es que ha de comprenderlo usted, Gunther. Tengo que consultar al capitán Irving, y a mi hijo mayor Bryce, puesto que con ellos dos tendría que hacerme a la mar, prescindiendo de mi hijo

menor Alex, que no posee la práctica mentalidad necesaria.

—Consulte, y si responde por ellos dos, puede exponerles un método para obtener la seguridad de que los tripulantes guardarán el secreto. Les exigirán juramento de no revelar a nadie, ni a sus propias familias, que suministran combustible a submarinos británicos.

—¡Pero...!

—Los marinos que en alta mar recojan en los sumergibles los bidones de combustible, aceptarán durante el tiempo que empleen en el aprovisionamiento el usufructuar el uniforme naval británico.

—Compruebo que ha estudiado usted en sus menores detalles todo cuanto se refiere a este asunto. Quisiera que estuvieran presentes Irving y mi hijo mayor Bryce.

—Sólo usted me conoce, y ambos respondemos el uno del otro. Esperaré su respuesta en el camino costero de descenso hacia Buchan Ness, hasta mañana a medianoche. Yo sé que usted comprenderá la magnitud de mi oferta, y la grave responsabilidad que contraemos. Voy a dejarle meditar sobre sus conveniencias.

—¿Y si no aceptase?

—Sus veleros serían al igual que los demás barcos: naves que soportarían los riesgos de la campaña submarina.

—Le acompañaré un trecho de camino, Gunther.

—No es preciso. La soledad es la mejor compañera para quienes tenemos que resolver problemas decisivos.

Cuando el visitante era una sombra más en la colina de basalto, Ian Kiltern estaba ya firmemente decidido a enriquecerse, completamente convencido de las enormes posibilidades que presentaba la oferta del jefe del servicio secreto, Erich Gunther.

CAPÍTULO IV

Cuando el reloj de la plaza desgranaba la primera campanada de las once, Gladys

Rain-Leod

se apartó del ventanal, reprochándose haber puesto su confianza en un hombre degradado, incapaz de cumplir con lo que prometía.

Había transcurrido una hora de angustiosa espera, que iba desvaneciendo a cada minuto que pasaba, todas las ilusiones que había fraguado de poder evitar el abandono de su casa de Thürsom y entregar a Ian Kiltern la propiedad y el privilegio del velo que le convertiría en único armador, aumentando así su natural despótico.

Miró a Jim Laskar, que parecía montar guardia en el umbral de la antesala, y que antes que ella hablase, dijo:

—Le dio usted tres días y aún no ha terminado el plazo.

—Me prometió acudir a las diez, y un capitán de mar se atiende a la puntualidad. Tú mismo, que antes te oponías, ahora parece defender al que no me inspira ya la menor confianza, puesto que falta a su palabra.

—Puedo ir a averiguar las razones por las que no se ha presentado a la hora convenida.

—Tiempo perdido, Jim.

—Hicimos un viaje con un propósito, señorita Gladys, y ya que es la única solución posible, déjeme agotar hasta el fin...

Le interrumpió ella:

—¿Para qué, Jim? Sería exponerte a una pelea.

—Tengo una sospecha metida en el caletre. Usted recordará que cuando regresó la mujer aquélla, citó a un sargento Mulligan, que llamaba a declarar y el capitán Carrol replicó que no pensaba ir. ¿Iba a conformarse el sargento Mulligan con esta respuesta?

Gladys

Rain-Leod

sintió renacer sus esperanzas. Para ella, cuanto ahora aconteciera a Jerry Carrol eran incidencias relacionadas estrechamente el *brikbarca*, que, anclado a media milla del puerto de Nairn, seguía esperando al que pudiera salvarle de pasar a manos ajenas a los Rain-Leod.

Jim Laskar partió en averiguación yendo primeramente a la casa donde la noche anterior habían hallado a Carrol.

Se detuvo ante la puerta de madera, cerrada, en cuyos goznes y cerradura había unos recuadros de papel encolado. Unos impresos muy conocidos por aquella costa y que significaban que la autoridad decretaba el cierre de un establecimiento, generalmente por una causa citada con eufemismo: «Escándalo público».

Recorrió Laskar dos tabernas del callejón, hasta que pudo recoger los suficientes informes.

La versión variaba en el balance de roturas que tuvieron lugar en el interior del establecimiento propiedad de Greta Donegal, cuando dos agentes enviados por el sargento Mulligan a intimar a Jerry Carrol a que se presentase inmediatamente, le encontraron a horcajadas sobre un barril, cantando jarrillo en alto y proclamando que era aquélla su noche de despedida de «desencuadernarse en dique seco».

Vociferó que «estaba limpiando fondos», y que invitaba al sargento Mulligan a compartir la ceremonia. Los dos agentes fueron en busca del sargento Mulligan y según, se desprendía de los ruidos que originó la llegada de Mulligan, la controversia había sido acalorada.

Jim Laskar, ante Gladys, dio una versión más lacónica, porque había llegado a una conclusión: era preciso agarrarse a la aleta de tiburón llamado Jerry Carrol, si se quería impedir que el «Gladys» pasara a aumentar la flotilla de Kiltern.

—El capitán Carrol decidió despedirse de sus seis años de malas andanzas, y posiblemente el sargento Mulligan, hombre de tierra, no pudo comprender que era inoportuno, y que soplabla «berseck». Lo cierto es que el capitán Carrol está en la cárcel, con hierros que le han imposibilitado acudir. Podría usted visitar al sargento Mulligan, y explicarle lo que es el «berseck».

El sargento Mulligan pertenecía a la policía marítima, encargada de velar por el orden civil en el puerto de Nairn.

Ex contraamaestre de la Armada, le encantaban las peleas, pero cuando le avisaron que solicitaba ser recibida una señorita que preguntaba por el capitán Carrol, Mulligan contrajo rabiosamente el rostro y entre dientes masculló una imprecación, porque fruncir el entrecejo le reprodujo mil agujetas en el pómulo azuleado.

—Adelante con quien sea —invitó, amenazador.

Creyó que aparecería una mujer por el estilo de Greta Donegal, y se puso en pie, al aproximarse Gladys seguida por Jim Lascar.

—Buenos días, sargento Mulligan. Me llamo Gladys Rain-Leod,

y le presento al contraamaestre primero del *brikbarca* «Gladys», surto en el puerto. Esta mañana a las diez esperábamos la visita que convinimos con el capitán Carrol, y Jim Lascar ha averiguado que anoche sucedió cierto percance.

—¿Percance, señorita? Siéntese, y le expondré que si en el Cabo de la Ira llaman percance a emplear barriles, garrafas, mesas y banquetas como material de recepción a agentes de la autoridad, aquí somos más endebles y lo llamamos demencia agresiva.

Gladys miró a Jim Lascar, que manifestó con rotunda convicción:

—El capitán Carrol estaba bajo los efectos del «berseck», señor.

—¿Del «berseck»? Usted es de mar, y considerará que la atrocidad papalina que cogió Carrol no tiene importancia.

—La tendría normalmente, sargento —intervino ella—. Pero en nuestra costa, los hombres nacen poseídos por el demonio de la lucha. Y cuando celebran un gran acontecimiento, un espíritu burlón les invade obligándoles a cabalgar un tonel, que no pueden abandonar hasta no caer completamente rendidos por el exceso de libaciones. Traería mala suerte, si abandonaran por su voluntad o a requerimientos ajenos al «berseck». Yo comprendo que me mire usted coléricamente, sargento, pero le expondré lo que indujo al capitán Carrol a comportarse de manera tan inadecuada.

Mulligan fue escuchando los argumentos que expuso ella; y que motivaban la presencia en aguas de Nairn del velero de Thürsom.

Jim Laskar apoyaba solemnemente todo lo que Gladys, con ingenua convicción, iba refiriendo para finalizar explicando en qué consistía el «berseck»: equivalía a un borrón y cuenta nueva.

Mulligan manifestó:

—Ahora comprendo por qué Carrol aludía constantemente a «Berseck», que me pareció era un insulto más. Pero lo cierto es que tengo dos agentes hospitalizados y si me hice con Carrol fue porque resbaló y entonces pude colocarle las esposas. Su candidato a capitán, ha dejado huellas de su paso por toda esta costa. Yo he de escarmentarlo, y voy a proponerlo para unos meses de trabajos forzados en las canteras de Loch Moray, y así desfogará sus «bersecks» destructores. Yo he sido de mar y tengo ciertas benevolencias con los marineros, pero Jerry Carrol es de los que han nacido poseídos por el demonio batallador y que se lanza a pelear con ciega furia destructiva, como esos malayos que llaman «amok» a sus instintos de matar. Lo siento infinitamente, señorita, pero le devolveré a su capitán cuando le aplaquen con unos meses de picar piedra.

—Tiene usted toda la razón, señor Mulligan, y esperaré hasta que el capitán Carrol cumpla la sentencia impuesta justamente.

Mulligan miró de soslayo al gigantesco Laskar, que también ahora asentía convencido.

Se levantó Mulligan, estrechó la mano que tendía ella, y acompañándola al exterior, repitió:

—Lo siento infinitamente por usted, pero es una cuestión de escarmiento y principios de autoridad. ¿Permanecerá en Nairn?

—Cuando sepa el tiempo de condena a que ha sido sentenciado, volveré a Thürsom, para regresar luego a Nairn y conseguir que mi velero tenga quien lo mande. Dígaselo así al capitán Carrol, señor Mulligan.

El sargento Mulligan habló consigo mismo durante cerca de media hora, y por fin bajó para visitar la celda donde, eran encerrados los marineros dotados de mal carácter.

Un largo cepo apto para contener seis inquilinos, presentaba las muescas de sujeción de tobillos, y la barra de hierro con argollas en que se encerraban las muñecas, sobre el reborde de madera, donde se colocaba la escudilla, pan y cucharón.

Jerry Carrol, único ocupante del cepo, contempló con antipatía

al que le devolvió mudamente el mismo sentimiento, y que, pasados unos segundos, habló con sequedad:

—Esta mañana, cuando le trajeron agua y pan, hizo lo posible por arrojar...

—A las diez en punto tenía yo que presentarme limpio y decentemente a una persona que vino anoche a ofrecerme la ocasión de volver a ser un hombre que no se tuviera asco a sí mismo, Mulligan. ¡Y por una majadería, usted vino a estropearlo todo!

—Sí, hombre. Como que llevo un ojo a la funerala por capricho mío. Llueve sobre mojado, capitán Carrol.

—¡Qué capitán ni qué mil tiburones reumáticos! Esta mañana a las diez pude volver a recuperar mi propia estimación, y aquí estoy metido en el cepo. No se esfuerce en demostrarme que es por mi culpa, y qué usted tiene una autoridad que mantener. Me lo sé perfectamente, puesto que donde yo he tenido mando, nadie ha rechistado, pero... ¡Vamos, podía usted haber venido en otra ocasión mejor!

—¿Qué es eso de «berseck» que repetía usted anoche, mientras se empeñaba en cabalgar el barril?

—Por el mar que desde mis doce años como grumete navegué, hay una clase de borrachera supersticiosa, que a lo mejor usted puede comprender, ya que antes de ser lo que es, fue marino. Anoche, cuando usted tuvo la ocurrencia de venir a requerirme, yo intentaba convencerme de que no tendría derecho a considerarme un hombre, si no era la última vez que... me excedía en la bebida. Ahora ya sé lo que me toca. Unos meses de trabajos forzados y a la salida, ir escorando en tumbos y guiñadas.

—Me ha visitado la señorita Rain-Leod.

Ella me explicó lo que era el «berseck» y está dispuesta a esperar que usted salga libre.

Jerry Carrol sonrió ampliamente, y su siniestro rostro se transformó súbitamente en otro muy distinto: seguía siendo brutal, pero infantil. Y murmuró:

—Es un ángel mi patrona Gladys. Usted ha podido comprobarlo.

—Del mismo modo que he comprobado que Greta Donegal es una diablesa. Hincó uñas y dientes, ayudándole anoche. Ha

declarado que entre ustedes dos no existían relaciones de orden íntimo, sino que usted la trataba como a una hermana, y que si se alojaba allí, era porque cierta noche evitó usted que dos individuos la apuñalasen.

—Así es.

—¿Qué pasó con los dos del puñal?

—Les di la paliza que venían buscando, como anoche a esos otros dos. Y ella se encargó de llamar a un agente para que fueran trasladados al sitio donde se ocupasen de ellos.

—Ya... Pero los sacamos a flote, ahogados.

—Puede que pretendieran escapar y se cayeran al agua. Pregúntale a ella.

—Volveré a hacerlo. Y vendré de nuevo a visitarle, para tomarle declaración.

En su celda, Greta Donegal insistió de nuevo al entrar Mulligan:

—Perdí la calma anoche, sargento, pero le repito que en Edimburgo el comandante Howard le dará, si lo considera oportuno, todas las explicaciones que usted requiera acerca de los dos ahogados. Y vuelvo a repetir que Jerry Carrol ignora por completo la suerte que corrieron.

—Dudo que el comandante Howard pueda exculparla a usted de la acusación de doble asesinato.

—Comunique con él, o aténgase a las consecuencias.

A media tarde, el sargento Mulligan había jurado conservar para sí lo que el comandante Howard, del servicio secreto, le explicó. Los dos que apuñalaron a Greta Donegal, por la intervención de Carrol, eran agentes al servicio del enemigo, que al recuperar el sentido pretendieron huir y la propia Greta Donegal les disparó cuando ambos desembocaban al extremo de un muelle.

Añadió más el comandante Howard: convenía alejar a Jerry Carrol de Nairn, ya que una agente enamorada resultaba poco efectiva.

Anocheado, Mulligan abrió personalmente el cepo, y al quedar libre Jerry Carrol, manifestó:

—Podrá usted mañana a las diez presentarse limpio y decentemente. No me de las gracias a mí, sino a su patrona Gladys. Le quedan catorce horas por cumplir y me contento con advertirle que si regresa a Nairn le encarcelaré y cumplirá tres meses de

trabajos forzados. Firmará su aceptación de expulsión de este puerto. ¿Por qué junta las manos así, y escupe, capitán Carrol?

—Echo fuera cuanto de malo pensaba acerca de usted, sargento Mulligan. Y como unidas están mis manos, quiero que también se unan nuestras voluntades. Hoy me concede usted clemencia... ¡Pueda yo alguna vez demostrarle mi gratitud! Pero ha de demostrarme que me perdona y acepta mi amistad.

—Larga usted velas mañana, ¿no, capitán Carrol?

Jerry Carrol se tocó el pómulos derecho, y dijo con sonrisa afectuosa:

—Pegue fuerte Mulligan, con toda su alma... Y así quedaremos amigos.

—Soy del Sur y no he nacido en Costa Bárbara, capitán. De todos modos, trato de comprenderle, pero así, en frío, yo no podría atizarle... Claro que si usted se molesta porque yo no...

—Me lastima pensar que a un hombre como usted fui yo capaz de atacarle groseramente. ¡Pegue fuerte para que pueda yo marcharme de Nairn sin remordimientos!

Mulligan comprendió que de persistir en su negativa «ofendía»... Miró el rostro que ladeado presentaba Jerry Carrol y descargó en directo contundente su puño izquierdo.

Tambaleóse unos instantes Carrol, sacudiendo la cabeza. Y al recuperar la completa noción, manifestó satisfecho:

—Gracias por aceptar mi amistad, Mulligan.

Ya de noche, estaba cenando el sargento y aun repetía:

—Vaya marineros los de Thürsom. Si así piden amistad, ¿cómo demonios se tratarán cuando sean enemigos?

CAPÍTULO V

Gladys

Rain-Leod

sé reprochó el calor que sentía en sus mejillas cuando faltando minutos para las diez de la mañana, divisó al qué desembocaba en la plazoleta atravesándola en línea recta hacia la hostería del Ancla.

Tenía que ser severamente indiferente con el capitán Carrol, y no dejarse llevar de impulsos románticos, que le hacían ver en él a un héroe de misteriosa historia de amor.

Era simplemente un capitán de mar, que iba a conducir el «Gladys» por entre aguas alborotadas y vencer las numerosas dificultades que Ian Kiltern astutamente opondría.

Jerry Carrol dejó a un lado de la puerta el saco embreado que descargó del hombro, y abotonó sobre él jersey de cuello alto y azul, el largo chaquetón de amplias solapas y cuyos faldones rozaban sus rodillas, bajo las que ceñía el bombacho la bota corta.

Se pasó la mano por las afeitadas mejillas y alisó la recortada barba en collar que le formaba semiarco de patilla a patilla.

Golpeó con los nudillos en la puerta, apenas el reloj de la plaza repicaba el primer toque de las diez.

Abrió Jim Laskar, y ceremoniosamente, manifestó Jerry Carrol:

—Pido ser recibido por la señorita

Rain-Leod.

Jim Laskar atravesó la antesala, y en el umbral, comunicando con la sala comedor, anunció:

—El capitán Carrol se presenta a la cita.

El ojo amoratado, la cicatriz, y restos de las huellas de su «berseck» tozudo, no conferían aspecto honrado al capitán Carrol, pero era indudablemente el ejemplar de marino de la Costa

Bárbara, que requería una tripulación allí nacida.

Descubierto, llevando sobre el antebrazo izquierdo la gorra azul, de visera negra con los galones concedidos por el consulado de Mar de Inverness, Jerry Carrol inclinó la cabeza deteniéndose a dos pasos de la que, sentada, dijo:

—Bienvenido, quien como usted ha pactado buena voluntad. Ofrecí tercio de redada, y acepto como única autoridad en la mar la suya, capitán Carrol. Usted traerá a puerto mi barco y sólo quedará roto nuestro convenio si yo faltara a mi palabra, o usted no cumpliera aquello a que se compromete. Siéntese, capitán. ¿Desea beber algo?

—Deseo que usted, como patrona del «Gladys», compruebe si sobrepaso la ración considerada humanamente necesaria para un hombre de bien.

—Usted mismo es quien ha de vencerse, capitán.

—Ayúdeme en un principio y lo agradeceré. ¿Me considera capacitado para intentar conducir a buen puerto su velero, patrona?

—Abandonemos ya el ritual y concretemos, capitán. Tendrá usted que afrontar la enemistad de las tripulaciones de Kiltern...

—Primero lo que más apremia es afrontar la tripulación del «Gladys», a cuyo bordo usted irá para comunicar, por medio de Jim Laskar, que el nuevo capitán se presentará al mediodía. Pero vendrá a recogerme la lancha capitana, cuando el velero esté al paio fuera de la milla territorial.

—¿Por qué, capitán?

—He de conocer a mi tripulación lejos de aguas que sean de jurisdicción ajena. Se lo advertí... Habrá quien no me aceptará.

—¿No sería preferible que Laskar notificase a la tripulación, que habiéndole yo elegido por capitán, el que no quiera acatar su mando que abandone mi barco?

—Pregunte a Jim.

Jim Laskar expuso hoscamente su parecer.

—Usted ha elegido al capitán Jerry Carrol, que pisará por vez primera una cubierta donde los que en ella han de maniobrar no pueden valerse de rumores oídos, sino de lo que sus ojos vean. La autoridad en los veleros de Thürsom es difícil de mantener, señorita Gladys, y aquel que exteriorice rebeldía contra un capitán nombrado por armador, ha de ser castigado sin contemplaciones.

—Avante, pues, Laskar. Acompañarás a nuestra patrona y mantendrás el paio a más de una milla, enviando a recogerme la lancha mayor, eligiendo por remeros los seis que consideres más obedientes al respeto que deben a las decisiones de armador.

* * *

Jim Laskar, cuando la propietaria del velero quedó en la cámara de toldilla, y se alejaba la lancha con seis tripulantes hacia el punto donde iban a recoger al nuevo capitán, dio las órdenes para levar anclas y emproar a Norte, desrizando al poco las lonas, para dejar solo las que permitieran a la nave mantenerse al paio.

Su silbato convocó en el parque de la cubierta central, donde se hallaban los bancos de salazón y descabezamiento, a los hombres libres de maniobra.

Habló concisamente:

—Ordena nuestra patrona que deis acatamiento al capitán Jerry Carrol. Este barco necesita de vosotros y de capitán. Esperad en silencio hasta que se os autorice a hablar.

* * *

Cuando la lancha quedó atracada de costado los seis remeros se pusieron en pie, en alto los remos.

Jerry Carrol tiró el saco a proa y ocupó la banqueta de popa, asiendo el gobernalle, y dijo tan solo:

—Cía.

Los seis, sentándose, efectuaron la maniobra de salida, alineando los remos, cuando Carrol ordenó desplegar la única vela, y volvieron a la boga cuando el casco del «Gladys» distaba medio centenar de metros, pendiendo por babor la ancha escala de nudos y las cabrias que izarían la lancha.

Por la escala ascendió Carrol, permaneciendo junto a la borda, hasta que la lancha quedó atrincada y los seis hombres fueron a ocupar sus puestos, en pie tras sus bancos, en el rectangular espacio del parque de faena.

Jerry Carrol dirigióse al rimero donde relucientes de grasa se

alineaban arpones, bicheros y hachas cortas. Era el material de trabajo, que debía también someterse a revista.

Jim Laskar al timón, corregía la deriva, y encaramados en las bases de mayor y trinquete, esperaban cinco marineros la orden de tensar drizas.

Al pie del mesana, el nuevo capitán del «Gladys» fue mirando a los que, en tres hileras, adoptaban diversas posturas expectantes.

—Yo soy Jerry Carrol y he mandado en mejores hombres y peor barco. Poseo ahora una ventaja, porque durante seis años he tratado con la hez de la marinería. He bebido más que ellos, he peleado más que ellos y vuelvo a flote. Es la armadora la señorita Gladys, manda Dios aunque no queramos, y me sigue el diablo. Entre Dios y el diablo, he surcado los peores pasos. Sois hombres de Thürsom y le debéis fidelidad a este velero. A mí me debéis obediencia. Pero como no quiero remolones, y por otra parte, sobra agua en torno, el que no esté dispuesto a soportar mi mando tiene ahora la única ocasión de hacerme saber sus razones. Aquí no hay enrol nuevo, puesto que todos vosotros firmasteis terminar el compromiso cuando terminase el «Gladys» de navegar. Atentos sólo a una advertencia: el que me niegue su acatamiento, ha de exponer razón sólida, probada y verdadera. Es indudable que el que no esté dispuesto a sudar sangre tiene el derecho particular de reflexionar sobre la oferta que de uno a uno os hago porque aún soy Jerry Carrol y no vuestro capitán. Es oferta personal, para que al agua vaya, o Jerry Carrol como hombre, o quien no quiera acatarle como capitán.

De la segunda hilera se destacó un patizambo de ancho torso, que colgantes los largos brazos, se bamboleó para detenerse a dos pasos de Carrol.

—Me llamo Finlay, y me deshonoraría si obedeciera a hombre que fue tundido a latigazos por Ian Kiltern. Y sé a lo que me comprometo porque tú no me dejarás abandonar el barco. ¡Yo no te respeto, ni como hombre y menos aún por capitán!

Relucientes los ojos, Jerry Carrol dio cabezada de asentimiento:

—Y va uno. ¿Quién más apoya el reto de Finlay? Ya le habéis oído: me ha calificado de cobarde, porque supo de unos latigazos, oyó de los motivos y se consideraría mancillado si me obedeciera. ¿Esperáis el resultado de esta polémica? Bien... ¿Qué plaza

ocupabas a bordo, Finlay?

—Arponero segundo.

—Entonces como arponero segundo irás a pinchar esqueletos al fondo de estas aguas. Con tu herramienta, Finlay. Y el hacha de rematar tiburón coleando.

Finlay se abalanzó al limero, sacando a la vez de sus engarces los mangos del hacha corta, cuyo arco de luna besaba la punta triangular de afiladas aristas del arpón y la gruesa barra de hierro de éste.

Arremetió empleando el mango del arpón a modo de maza, y dando cortes en sesgo con el hacha que servía para cortar cabos del torno de la lancha arponera, en el caso de que existiera peligro de zozobrar por el arrastre de varios tiburones arponeados a la vez.

Los hierros de los arpones chocaron estruendosamente, en los sucesivos varazos, sirviendo de maza y escudo en rápidos giros y evoluciones, seguidos con complacencia por los demás tripulantes.

Como dos forjadores batiendo el yunque, Carrol y Finlay no eran dos hombres peleando a muerte, sino dos expertos pescadores de Thürsom que aplicaban en aquel combate trágico toda la maestría que en las faenas del mar y en los festejos vikingos, a primeros de agosto, se celebraban en la aldea.

El hacha de Finlay se abatió en el instante preciso en que Carrol quedaba descubierto por el hombro derecho, pero el arco, afilado se hincó en la madera da la cubierta, y con el remate del arpón, Carrol empujó por el estómago al inclinado Finlay.

Lanzado hacia atrás, quedó este reclinado contra la borda y en giro de muñeca presentó la punta del arpón, que apartó Carrol con feroz hachazo.

Y en el mismo vaivén de ambos hombres, repitió el empujón, esta vez en el pecho de Finlay, que, al impacto, volteó sobre sí mismo y lanzando un grito de furor humillado hizo báscula sobre su cintura, perneando un instante y cayendo verticalmente de espaldas contra el casco al mar.

Dos marineros se abalanzaron hacia el torno, para arrojar al agua la abrazadora de cáñamo y lona que permitiera a Finlay cogerse a ella.

Jerry Carrol tiró el arpón hacia el palo del rimero, donde quedó vibrando largo tiempo.

Alzó el hacha y gritó:

—¡Corto la carne que asome por borda!

Los dos que se disponían a sacar los brazos para tirar al agua la abrazadera que permitiese a Finlay salvarse de perecer ahogado, retrocedieron seguros de que cumpliría Carrol su amenaza.

En el agua, chapoteaba medio inconsciente Finlay. Gladys Rain-Leod

bajaba presurosa la escalera de toldilla, y acercándose al torno, suplicó:

—Como favor, yo pido que me permita interceder por Finlay, capitán Carrol.

El interpelado se volvió de espaldas, fingiendo no haber oído. Se oyó el chirriar del torno al ir bajando el doble cabo que formaba lazadera final de lona, en la que podía asirse, por bajo los sobacos, un hombre caído durante temporales o en falsa maniobra.

—¡Contramaestre Laskar! Ayuda a nuestra patrona, ¡pesca, iza y ata al palo! ¡Esos dos que pretendieron ayudarle, administrarán cada hora a Finlay un rebencazo! Tiesos los que me acaten. Cada uno me dará su nombre y juramento, antes de pasar a su puesto. Ya conocéis nuestro convenio jurado. Yo respondo del barco y tengo que traerlo siempre a un puerto, y si agua falla, la quilla pasará sobre vuestros esqueletos si es preciso. Derecho de vida tengo sobre todo el que me de su nombre, cargo y juramento. Pensadlo unos instantes, mocetones. Yo soy una bestia sin alma, aseguran los de Kiltern. Yo soy un animal mixto de lobo y tiburón, dicen los monigotes sin reaños. Pensadlo bien, mocetones de Thürsom... Me llamaron «hijo de Satán». ¡Y me ha elegido por capitán un ángel que a todos nos tiene afecto!

Varios individuos de la tripulación avanzaron simultáneamente hacia Carrol, que estaba ya asiendo los gruesos empaños del timón.

—¡Wilder, el joven, arponero primero, juro!

—A tu sitio, Wilder, el joven.

—¡Garvin, serviola, juro!

—A tu sitio, Garvin.

Uno tras otro, fueron declinando su nombre y empleo, mientras en el entronque del mayor, chorreante, sangrando por narices y boca quedaba Finlay en pie suspendido de sobacos, atadas las piernas y brazos en torno a la base del palo central.

Gladys

Rain-Leod,

de manos del viejo Wilder, el curandero cirujano de a burdo, iba recogiendo el vinagre con esponja que pasaba por el rostro magullado de Finlay.

Después aplicó el aceite de hígado mezclado con «agua blanca». A cada lado del palo, como si dieran escolta a Finlay, se mantenían erguidos, Corbett y Mac Gregor, los dos que pretendieron lanzar la abrazadera.

Colgaba de su mano derecha el cabo corto, embreado y nudoso, que servía para azotar.

Gladys abandonó el puente, para regresar al castillete de popa y fueron ahuecándose, recogiendo el soplo de impulsión, las velas altas y los foques.

Transmitía Laskar las órdenes que iba dando Carrol, y el *brikbarca* adquirió progresiva velocidad.

Comprobaban los tripulantes que su nuevo capitán «tanteaba» todos los recursos de que disponía el *brikbarca*, ordenando sucesivas maniobras con las diversas conjunciones de los velachos y juanetes, las velas dobles, cangrejas y escandalosas.

El «Gladys», durante una hora, respondió perfectamente a todas las evoluciones que le exigía el nuevo capitán, y cuando le pasó ya Carrol el timón a Laskar, dándole la derrota hacia el Cabo de la Ira, la marinería sabía que Jerry Carrol tenía el rápido golpe de vista del piloto endurecido bajo las lonas cuadras y triangulares de un velero construido para maniobrar en el tormentoso mar de las Orkney, Shetland y Cabo de la Ira.

La campana tocó el turno de relevo, y Mac Gregor se dispuso a dar media vuelta al hombre atado, cambiándole de posición las ligaduras. Corbett alzó el rebenque, que restalló contra las amplias espaldas del patizambo. Después, fue Mac Gregor el que azotó una sola vez también.

Los demás tripulantes iban y venían completamente indiferentes a la suerte que pudiera esperarle a Finlay.

En la cámara de popa, Fergus

Rain-Leod

había exigido en los astilleros de Inverness, que construyeron su *brikbarca*, que hubiera dos camarotes, separados por salón-comedor,

pensando en que algún día un hijo suyo compartiría responsabilidades con un capitán mientras él pudiera reposar en la casa.

Gladys iba viendo como el grumete cambusero dejaba en los huecos de la mesa empotrada los platos que componían la comida de todos: un pesquero tenía una sola cocina, igual para cuantos estuvieran a bordo.

Frente a ella se sentó Carrol, y empezó a comer en silencio la espesa sopa de «boca de bacalao», y después, la masa gelatinosa de arenque prensado con cartílagos de espina dorsal de bacalao. Por bebida, un cuartillo de *whisky* y medio de ron, y por postre, café con pan migado.

Sólo cuando quedaron vacíos los platos de aluminio y los jarrillos conteniendo las tres raciones, dijo ella qué apenas había comido:

—Hice mal en intervenir, capitán.

—Sólo usted podía hacerlo, patrona, pero en tocando puerto de Thürsom, iremos a firmar ante el lord de mar, y usted quedará en tierra.

—Yo puedo muy bien soportar lo que sea.

—Pero yo no la quiero a bordo, sino esperando el regreso de nuestro velero. Es mi intención, apenas quede constancia de que el «Gladys» tiene capitán, tantear la Rosa por sus trescientas sesenta derrotas y volver lastrado hasta los topes.

—Con la suerte favorable, es campaña de medio año, capitán. De costumbre la campaña empieza en septiembre.

—Cuanto menos toque tierra en un principio, mejor para todos. Y ahora, usted decide con respecto a Finlay.

—Retó al hombre, no al capitán. Usted mismo lo dijo así.

—Entonces, a la vista de Thürsom, usted misma lo desatará, y libre queda de darme juramento o pasar a la flotilla de Kiltern.

Avistando la estrecha entrada a Thürsom, ella desató a Finlay, a quien dijo:

—Eres hombre libre, Finlay, y te relevo de compromiso. Puedes pedir plaza al patrón Kiltern.

Finlay, bamboleante el corpachón, colocóse a un lado del timón, para decir sombríamente:

—Finlay, segundo arponero, juro capitán Carrol.

—Perdiste en el mar tu arpón Finlay. Pasas a ser vigía sondero. A tu sitio.

Fueron abatiéndose las velas, quedando solo cangreja y foques, ciñendo al fondeadero, y la operación de lanzar las estachas de amarre y bajar el ancla de popa para obtener la virada, se efectuó con precisión, virando de retenida el *brikbarca*, para quedar limpiamente atracado de costado al embarcadero, presentando proa a salida de puerto.

En la maniobra, perfecta en todos sus pormenores, vieron los tripulantes al mando de Jerry Carrol el símbolo de presagio favorable, porque el *brikbarca* obedeció dócilmente y no fue preciso que intervinieran los rodetes de babor, cuya misión era evitar el roce con los maderos de la plataforma de desembarco.

Doce remeros, empavesadas las palas, formaron el cortejo que en doble hilera acompañaba a Gladys

Rain-Leod,

al nuevo capitán y al contraмаestre Laskar hasta el barracón del «lord de mar».

En los secaderos se paralizó toda la labor, abandonando todos sus ocupaciones, para presenciar silenciosamente el paso de la comitiva en su ida y vuelta desde la propiedad de Rain-Leod.

Y constando ya que el «Gladys» tenía capitán, y zarparía aquella misma noche, yendo a pertrechar en Bella Isla, los habitantes de Thürsom sólo tenían un pensamiento, cuando se dispó la primera sorpresa.

¿Cómo reaccionaría Ian Kiltern?

Al caer de la tarde, se encendieron las luces de posición del *brikbarca*, regresando a bordo todos sus tripulantes, en espera de zarpar.

Gladys

Rain-Leod

volvió a insistir para acompañar en su primera salida bajo otro mando, el velero que iba a desafiar durante meses los temporales duros del otoño, y las banquizas heladas, y a la deriva, del invierno.

Pero fue inflexible Jerry Carrol, y ella, desde el mirador, vio zarpar el «Gladys» hacia Bella Isla.

Estaban en la mar dos de los veleros de Kiltern y éste no había

dado señales de vida. Sólo una orden: que expulsaría del pueblo a todo subordinado suyo que fuera a buscar querella al nuevo capitán del «Gladys».

CAPÍTULO VI

A los quince días de haber zarpado el «Gladys», los tres veleros de Ian Kiltern estaban pertrechados para la campaña que, iniciándose hacia el diez de septiembre, tenía una duración fluctuante entre cuatro y ocho meses, y en casos favorables, permitía dos campañas.

En la última cena en tierra, reunió Kiltern a Clay Irving, que iba a ser segundo, por mandar él en la flotilla, y a sus dos hijos Bryce y Alex.

Sirvió lo necesario la esposa de Ian Kiltern, auxiliada por la hija menor, Maureen, que se retiraron a sus habitaciones cuando el café y bebidas quedaron servidos.

Ian Kiltern apuntó con el índice a Alex:

—Quedas en tierra. Y si a mi regreso no eres asiduo visitante y futuro prometido de Gladys, te enviaré a Inverness, al seminario. Gladys ha demostrado siempre que de todos los Kiltern tú eres el único a quien profesa amistad. Harás lo que te he dicho y si no consigues por esposa a Gladys, jurado queda: irás al seminario de Inverness. A tu habitación, Alex.

El joven despreciado por su padre y su hermano mayor, porque manifestaba tendencias a ser un soñador, pues se abstraía en largos mutismos y en las escalas aborrecía beber en femenina compañía, se puso en pie y limitóse a decir:

—Haré lo que usted me manda, padre. Les deseó bonanza y felices redadas.

Fue Bryce a cerrar la puerta y el rostro sarcástico de Irving expresó mayor desprecio al comentar:

—Puede usted dar por descontado que el señorito Alex se comportará como usted desea, patrón. Porque hasta cuando sueña le he oído balbucir el nombre de Gladys.

—A lo nuestro, capitán Irving. Zarpará usted a las once en punto, recorriendo los ciento ochenta sudeste y nordeste, hasta avistar el «Gladys», para transmitirle por señales la orden recibida de la comandancia de Belle Isle. No quiero incidentes, capitán Irving... hasta que no de contraorden. La chalupa llevará la notificación escrita de puño y letra de Gladys, por duplicado. Tú, Bryce, zarparás a las once y media en punto, recorriendo los ciento ochenta sudoeste y noroeste, con la misma finalidad. La convocatoria en Belle Isle es para todos los patronos o sus capitanes. Y desollaré al que provoque un incidente con los del «Gladys» antes de que en Belle Isle nos volvamos a reunir.

Cuando ya habían zarpado las dos goletas-bergantín, Ian Kiltern, en lo alto del torreón, volvió a examinar el semáforo de luces, que estaba dispuesto de modo que sus señales luminosas no fueran apercibidas por la población de Thürsom, sino captadas por el agente alemán que al oeste de Thürsom, en el terreno montañoso y selvático, poseía idéntico aparato de transmisión por destellos, hacia el tercer semáforo, instalado en las cercanías del fiordo de Buchan Ness.

Heinz Muldorf, el agente que Gunther había destinado para permanecer como enlace entre él y Kiltern, era un hombrecillo con aspecto de profesor amargado.

Enfocaba un anteojo ahorquillado en su trípode hacía el lugar invisible desde el poblado, y en el que a intervalos, más o menos breves, surgían destellos.

Heinz Muldorf anotaba en su bloc las palabras, que cifradas en alfabeto Morse, transmitían desde Buchan Ness al agente intermediario entre el fiordo y Thürsom.

Conectó las pilas en batería con las siete bombillas del semáforo en aspa, y sólo entreabrió por dos veces el disco giratorio delante de la bombilla pintada en rojo, dando así la señal que significaba que había captado el mensaje.

Después tradujo, y por fin, en inglés gutural, manifestó:

—La convocatoria de todos los pesqueros de la zona comprendida entre este litoral y las Shetland, tiene por finalidad advertir a los patrones que se ha iniciado el ataque submarino en aguas del mar del Norte y el «Lloyd's» no asegura contra riesgos de hundimiento a los que no paguen la crecida prima. Los pesqueros

que no quieran pagar esta prima exorbitante, navegarán a su propio riesgo y el almirantazgo británico declina toda responsabilidad.

—Los que no paguen la prima de seguro, no se quedarán en puerto, ya que viven de esto: de pescar.

—Cuando algunos de ellos se hundan, los demás preferirán permanecer en cabotaje sin alejarse mucho de las islas.

—Expuse ya a *Herr* Gunther que el hundimiento del «Gladys» perjudicaría nuestros intereses.

—Un torpedo es más valioso que el «Gladys», señor Kiltern. Y usted se ha comprometido a anular todo posible descubrimiento casual del «Gladys», cuya tripulación podría sentir extrañeza si viera a sus veleros doblar el Cabo de la Ira hacia Buchan Ness, cuando regresen de Belle Isle. Antes de irse, señor Kiltern, recítame exactamente fecha, horario y puntos de situación dónde realizará el aprovisionamiento de los sumergibles.

—Primero de octubre, a la hora catorce, en aguas de Scapa Flow, dando sonda 215, cabo a 53 Norte, colatitud 2' 3", colongitud 57' 8".

—¿Su semáforo transmitirá desde dónde y cuándo a este punto en que esperaré su comunicación, señor Kiltern?

—No fui a ninguna escuela, y tarde es para empezar, Muldorf. Me consta que él menor fallo equivaldrá a que cualquiera de ustedes me perfore el pellejo a balazos, pero déjese ya de hablarme como un maestro a un discípulo. Me sé la lección perfectamente, y usted ocúpese de lo suyo. Tiene pertrechos para dos meses y las llaves. Nadie subirá a visitarle, puesto que, ausente yo, ni mi esposa se atrevería a venir aquí, donde nadie viene estando yo. Por lo tanto, queda usted seguro, Muldorf.

—Hay aquel punto que no me tranquiliza del todo, señor Kiltern.

Y el espía alemán señaló hacia el Sur a través de la gruesa pared circular.

—En el torreón de los Rain-Leod,

sólo va Gladys cuando es anunciado de arribada al *brikbarca*, que estará ausente por lo menos cuatro meses.

—*Herr* Gunther se marchó con el convencimiento de que usted era dueño absoluto de Thürsom.

—¡Y lo seré pronto! Jerry Carrol no saldrá con vida de Belle Isle. Ya le he dicho que usted se ocupe de lo suyo, que por lo que se refiere al «Gladys» me ocupo yo sobradamente.

Al mediodía siguiente, el bergantín, al mando de Ian Kiltern, zarpaba rumbo a Belle Isle.

* * *

Los imbornales escupían cataratas de agua, que barriendo la cubierta volvían a su punto de origen, para, de nuevo convertirse en oleaje que zarandeaba el «Gladys».

En los bancos atrincados, diez tripulantes iban empujando al banquiazul depósito las piezas clavadas en sus garfios, y que después destriparían y descabezarían, volviendo a arrojar por fuera borda los ejemplares que no fueran bacalaos.

La suerte había querido que al octavo día de búsqueda en torno al más exterior de los deshabitados islotes del grupo occidental de las Orkney, el «chalutier» de arrastre tendido a popa del velero, señalara la presencia de un banco del pez más codiciado.

Botadas al agua las chalupas de recogida de las redes menores, los tornos, durante tres días con sus noches, izando redes, chalupas y aparejos alternaron con las arriadas, y en dos turnos trabajaban intensamente todos los hombres del barco que paireaba relevándose al timón Carrol y Laskar, con sólo cuatro hombres al servicio de lonas.

Los bloques de sal iban saliendo de calas para desmenuzados a martillazos, mezclarse con la cosecha que pasaba a lastrar uno de los compartimentos estancos, después de viajar de la red a los bancos de descuartizamiento.

El salitre era ya el aroma punzante que lo invadía todo, recubriendo también con blancuzcas adherencias los gorros de dos viseras, las largas capotas, las botas musleras y las manoplas, el atavío embreado que iba adquiriendo una rigidez incómoda.

Los rostros hirsutos fundían la escarcha que en ellos formaba la sal del embate marítimo y de la faena en los bancos del parque central, cuando llegaba la media hora en la que, precipitadamente, por turnos de cuatro, reparaban fuerzas comiendo y bebiendo junto al ventanuco de la cambusa, por donde el envidiado cocinero,

siempre al calor, distribuía las raciones.

El temporal arreció a media tarde del día décimo octavo en que el «brikbarca» abandonó Thürsom, pero ya estaba recogida la red «chalutier» de arrastre, y a bordo las chalupas de dos proas.

Toda la tripulación estuvo hasta la amanecida del décimo noveno día formando un solo cuerpo con el barco que luchaba contra el primer temporal «duro».

Septiembre dejaba de ser verano norteño, para inaugurar crudamente el largo invierno, y hacia las once de la mañana se presentó la encalmada de cortante helor. El tranquilo mar fulgía como plata y era blanco el cielo sin nubes.

Las 997 toneladas del «Gladys» podían amontonar en sus ocho compartimentos estancos un máximo de ochocientos de pescado. Y en el cuaderno de bitácora, anotó Jerry Carrol:

*«Dieciocho septiembre, tercer cuarto, “cap” sursuroeste
288.*

*»Capeado viento norte, velocidad diez nudos, a ras
línea ocho el compartimento central. Bonanza».*

El *brikbarca* tenía ya a bordo ochenta toneladas de carga, gracias a un golpe favorable, que tardaría en presentarse de nuevo.

A las tres de la tarde, el vigía serviola dio la voz que anunciaba haberse avistado un pesquero emproando hacia el «Gladys».

Y el gallardete de aviso flameó en sus cuatro franjas blancas y rojas dando la señal de «inteligencia» que preludiaba un mensaje transmitido por los veintiséis banderines de diversos colores y disposición, cada uno representando una letra.

La goleta-bergantín capitaneada por Bryce Kiltern notificaba que enviara el «Gladys» chalupa al encuentro de la que, procedente del pesquero que transmitía, entregaría mensaje escrito por el armador del «Gladys».

Los banderines fueron comunicando después:

*«Comandancia Belle Isle convoca pesqueros por orden
Almirantazgo. Día veintitrés reunión patrones o sus
representantes. Comuniquen recepción orden transmitida».*

El semaforista fue agitando los banderines a medida que Jerry Carrol, por el embudo del portavoz, respondía:

«Recibida, transmisión orden comandancia Belle Isle convocando pesqueros».

Ninguno de los dos capitanes añadió el cortés:

«Buena travesía».

Las chalupas fueron izadas, y poco más tarde se alejaba la goleta bergantín y emprendía Carrol el nuevo rumbo, que permitiera continuar en la búsqueda pesquera, para fondear el veintitrés en la extensa rada de Belle Isle.

Y leyó el contenido del lacrado sobre donde había trazado Gladys las señales correspondientes al armador Rain-Leod.

«Capitán Jerry Carrol: Al duodécimo día de haber zarpado nuestro velero, el guardacostas inglés “Warrior”, envió, desde la costa protegida, mensajero con orden general para todos los pesqueros de nuestra zona de asistir a convocatoria en Belle Isle el veintitrés. Usted tomará la decisión que juzgue más acorde con nuestros intereses, dando yo por buena, tanto su decisión de comprometer un tercio de redada en pago de seguro contra hundimiento por torpedeo, como la de navegar a riesgo nuestro. Ian Kiltern envió a su hijo Alex para ofrecerse como portador de la orden.

»Le deseo bonanza y pronto regreso.

»Gladys

Rain-Leod

».

Jim Laskar leyó también, deletreando con lentitud en voz alta, y

comentó:

—El cambusero afirma que la convocatoria en Belle Isle no es un ardid de Ian Kiltern, sino que debe relacionarse con la guerra que dicen han entablado las escuadras inglesas y alemanas. Los demás de la tripulación opinan que los barcos de guerra alemanes no pueden navegar por estas aguas, señor.

—La Comandancia naval de Belle Isle, de la que dependemos todos nosotros, nos dirá el veintitrés si pueden o no navegar por estas aguas los sumergibles alemanes. Lleva este libro al cambusero, y que les explique a los demás cómo es y cómo navega un sumergible.

La nave acerca de la cual los pescadores de Thürsom manifestaban despreciativo escepticismo, fue explicada detalladamente por el cambusero, que había estudiado unos años en el seminario de Inverness, y que sabía interpretar los dibujos, esquemas y aclaraciones del manual distribuido por el Almirantazgo británico a todos los capitanes de mar y patrones, el año 1912.

CAPÍTULO VII

Entre las Orkney y Shetland se extiende Belle Isle, donde a fines del XVI, un galeón de la Armada Invencible fue a encallar y sus dos centenares de españoles supervivientes enseñaron a los nativos el arte de tejer con dibujos y teñir lanas que había de ser la artesanía en el futuro que diera fama a Belle Isle, cuyos «jumper», lanudos y de alegres colores, decoran los hogares de todos los pescadores que allí acuden de los archipiélagos circundantes, de Islandia y Escandinavia.

Sólo una vez por semana tocaba en Belle Isle el paquebote correo, que procedente de Edimburgo hacía escala en el Firth Moray, recogiendo correo y pasajeros de Dornoch y Cromarty.

Pasajeros que solían ser casi siempre los mismos: tratantes de ganado y vendedores de útiles pesqueros, a los que el tormentoso viaje hasta Belle Isle no arredraba.

Pero en aquella travesía, correspondiente a la tercera semana de septiembre, iban a bordo dos pasajeros muy distintos a los habituales.

Uno se había inscrito como oriundo de Glasgow, de profesión geólogo, miembro honorario de varias Universidades. Llamábase Erich Gunther. La otra pasajera había embarcado en Cromarty, nativa irlandesa, y llamada Greta Donegal.

Cuando el paquebote empezó a tanguear convirtiendo en pronunciada rampa la cubierta, el capitán aludió a un «leve mar de fondo». Después el barco cambió de vaivén, cabeceando como si pretendiera bucear de proa, y renunciando a ello, intentase ascender verticalmente hacia el cielo plomizo.

El capitán manifestó que aquello era un «pequeño grano picado», sin la menor importancia. El paquebote estaba

acostumbrado a capear todas las «caricias» de aquel mar. Pero a media tarde, las olas se adueñaron de la cubierta, y entonces el primer oficial opinó que «el tiempo se ponía algo pesado».

Erich Gunther demostraba tanta indiferencia, que Greta Donegal sintióse tranquilizada. Había rechazado los intentos de profundizar amistad con los otros cinco pasajeros, y aceptó la oferta de Gunther, que recetó cómo mejor tónico contra el mal del mar dos dedos de *brandy* añejo, unas gotas de limón y el contenido de un sobrecito, cuyo polvo también repartió entre su copa y la de Greta Donegal.

A la cena no acudieron los demás pasajeros, y cuando se fue el primer oficial, Greta Donegal dijo que aquél era su primer viaje a Belle Isle, donde iba para estudiar las posibilidades de instalar un teatrillo de atracciones.

Erich Gunther dio su parecer al serle requerido por ella.

—Belle Isle posee una rada en la que pueden anclar aproximadamente medio millar de pesqueros de todo calado. La población, dividida en dos sectores, se distribuye de acuerdo con su artesanía: la hilera de casas rozando el muelle de desembarco, son talleres de confección de redes y tiendas que suministran provisiones. Y tras la avenida marítima, se escalonan las calles de los tejedores. Yo creo que un «*music-hall*» en Belle Isle fracasaría, señorita Donegal. Los habitantes se ganan muy parcamente la existencia y los pescadores también.

—Pero hay una circunstancia favorable: la guerra.

—¿En qué le puede favorecer sus propósitos, señorita Donegal?

—Un buen amigo mío me ha comunicado que Belle Isle va a ser elegida como base naval.

—En este caso, me inclino admirado ante su oportunidad, porque, en efecto, los marinos de guerra tienen buenas pagas y ansias de gastarlas apenas disfrutan de una corta escala. Yo conozco bastante Belle Isle, donde el año mil novecientos nueve permanecí estudiando la contextura geológica de sus estratos. Si puedo servirle de guía, no vacile en disponer de mis modestos servicios.

—¿Conoce la casa llamada «El Papagayo Azul»?

—Su propietario es un inglés excéntrico, que vende bebidas, pero las consume en exceso.

—Mi amigo me dijo que si le ofrecía un buen precio a Rufus Alexander, podría adquirir «El Papagayo Azul».

—Un excelente caserón que podría usted convertir en acogedor local de esparcimiento para los bizarros nautas de la escuadra de su Graciosa Majestad. Celebraré que se cumplan sus propósitos señorita Donegal, y con su permiso me retiro a descansar.

Durante la noche, a cubierto del vendaval noroeste, por la franja de islas Orkney, el paquebote pudo dar más máquina, y aunque llegó con cinco horas de retraso sobre su horario, no había alarma en la extensa rada de Belle Isle, donde ancló, en el muelle de barcos a vapor.

El día tenía la plateada gelidez característica de aquella latitud, y en la encalmada bahía parecía un bosque flotante el conjunto de arboladuras de veleros anclados, pertenecientes a todas las flotillas pesqueras de las Shetland, Orkney y norte escocés.

Greta Donegal buscó ansiosamente con sus prismáticos la palabra odiada: «Gladys», en todas las proas, sin hallarla.

Faltaban aún dos días para el veintitrés, fecha de convocatoria para patrones y capitanes, a quienes dirigiría la palabra el comandante naval de Belle Isle, hasta entonces simplemente un plácido teniente de navío, que se aburría mortalmente.

Y que acogió con gran placer la visita de Greta Donegal, que expuso sus propósitos con irónica precisión:

—Una escuadra de ocho sirenas elegidas en Londres, llegará a fin de mes, en el próximo viaje del paquebote. Yo compraré «El Papagayo Azul», y en lo posible trataremos de estar al corriente de cuantas indiscreciones podamos suscitar. ¿Tiene la bondad de deshojar esta flor empleando la clave número 39 del código naval?

Tendía ella la flor artificial, que imitaba una rosa aterciopelada, y el comandante naval de Belle Isle, que hasta entonces había considerado aquella flor sólo como un hermoso adorno de la escotada blusa, miró primero el tallo.

Ella le ayudó:

—En el centro, arranque el pétalo más oscuro, y funda la cera al calor de su pipa.

La cera al disolverse dejó libre un papel amarillo, que parecía haber servido caprichosamente de alfiletero.

Los orificios, aplicando la plantilla del código, transcribieron:

«Greta Donegal tiene plena acción autónoma y usted

obedecerá sus instrucciones.

»Lord Vasintart«.

La firma, en clave especial, del jefe del contraespionaje inglés, hizo que el comandante adquiriera un repentino respeto hacia aquella mujer que él, al verla, había tomado por una hermosa aventurera que viajaba sola por horizontes repletos de turbulenta marinería.

—Usted manda, señorita.

—Llámeme Greta, y en sus visitas a «El Papagayo Azul» compórtese como un admirador.

—No me será difícil, créalo. ¿He de acompañarla a convencer al loco de Alexander?

—No es preciso. No nos veremos hasta el día veintitrés, en que habrá de procurar que yo pueda oír lo que argumenten aquéllos a quienes usted leerá las órdenes del Almirantazgo.

—Será fácil, puesto que los convocaré para las cinco de la tarde en la sala de juicios de la comandancia, y mi sillón lo ocupo viniendo del despacho anexo al estrado. Hay una cortina... ¿Puedo preguntar si hay sospechas de espionaje alemán entre los capitanes y patrones?

—No las hay. Pero me han enviado para que observe y transmita mis impresiones. Vendré a verle el veintitrés, antes de las cinco. Indíqueme por dónde podré llegar al despacho de su comandancia, sin ser vista.

—Le daré la llave de mi alojamiento particular, y usted misma podrá estudiar la disposición interior del edificio.

Greta Donegal, mientras, se dirigía a «El Papagayo Azul», sabía que a su paso la observaban con escandalizada curiosidad las mujeres de Belle Isle y con viril satisfacción los numerosos pescadores que llenaban todos los barracones donde se servían bebidas.

«El Papagayo Azul» era un hervidero de ruidosas charlas, que fueron acallándose al avanzar ella hacia la puerta abierta, entre filas de barriles superpuestos y los estantes donde chacina y pescado salado desprendían olores agresivos.

Penetró ella directamente en la salita particular de Rufus Alexander, que era reproducción de un camarote. Hasta los dos

falsos redondeles que no abrían sobre el mar, estaban pintados en azul cobalto, en el semiarco inferior, y cielo soleado en el semiarco alto.

El hombre que entró, cerrando a su espalda la puerta, tenía de color zanahoria el revuelto cabello, un rostro largo y caballuno y vestía como un pescador más de Belle Isle.

—Buenos días. «Carrot». Me llamo Greta, y confío en que seremos buenos amigos.

La mención de su apodo hizo que el dueño de la taberna, dilatando los saltones ojos, viniera a sentarse en su litera, frente al escabel ocupado por Greta Donegal.

—Me gustan las mujeres decididas, Greta, y al verla entrar al abordaje de mi camarote, me figuré que era usted la dueña.

—Es mi intención serlo, aunque nominalmente tan solo. Antes de abandonar Nairn, estuvimos hablando de usted, de los tiempos en que era oficial colonial. Prefirió pedir licencia indefinida, tras un desengaño amoroso, y vino a vagabundear por las islas, hasta que eligió este tabernucho. Pero sigue siendo un caballero británico, que a todo antepone su amor a la patria. El «Intelligence Service» requiere su ayuda, «Carrot».

Expuso ella lo que ya había dado a comprender al comandante naval, y Rufus Alexander leyó la amistosa carta, de su antiguo jefe, que actualmente pertenecía al Departamento Africano del «Intelligence».

Encendió la cachimba de brezo y ámbar, con la llama que producía la carta que acababa de leer, y dijo:

—Sigo odiando a las mujeres, y sólo tengo por amigo el bienestar que me proporciona el espíritu alcohólico. Haga usted todo lo que considere necesario para reformar este caserón, y me reservo como exclusivamente mío, el derecho a habilitar un camarote idéntico a éste, al fondo del patio. Y ahora, sepa usted que al entrar con la majestuosidad de una emperatriz, venían siguiéndola dos individuos...

—Se llaman Martens y Cortland. Ya vinieron a hacerme una visita en Nairn, y se han escondido en su cabina durante la travesía. Tomaron pasaje media hora después que lo hice yo. Antes navegaban como maquinistas en un barco frutero holandés, y últimamente estaban sin enrol. No me cabe la menor duda que son

agentes al servicio del enemigo, pero me interesa saber con quién se relacionan. Examinaré la casa, tan pronto usted consiga echar fuera a los bebedores, y cierre.

—Es fácil. Siempre cierro de cinco a seis, hora de mi té. ¿Echo también a estos dos conocidos suyos?

—Déjeles si piden quedarse... con buenos modos.

El atlético Alexander, levantándose, mostró dos puños enormes.

—Aprendí boxeo en Oxford, y lo he practicado ventajosamente con las lecciones y experiencias que dan en esta Costa Bárbara.

A las cinco, los conocedores de las costumbres de Alexander abandonaron el local, cuyas contraventanas cerró por dentro el dueño, y abierto medio batiente invitó a los dos que permanecían:

—¿Desean quedarse?

Los costurones de mandíbulas de Brod Martens disimulaban sus bordes rojizos entre la barba crecida. Lewis Cortland ocultaba las cicatrices del pescuezo con el cuello alto de su jersey.

—Nos viene bien quedarnos, patrón —expuso Cortland.

Rufus Alexander cerró la puerta por dentro, afianzando con la doblé percha de hierro, y pasó a su camarote-habitación.

Brod Martens se puso en pie, contraído el rostro en rictus silencioso al ver a Greta Donegal que, hundidas las manos en los amplios bolsillos de la larga falda, se aproximaba sonriente:

—El mundo es un pañuelo, Brod. Aconseja a este orangután que te has domesticado por compañero, que se esté quietecito...

No dijo nada Martens, porque Lewis Gortland retrocedió con la misma prisa que había avanzado, al ver que en la diestra femenina el «*browning*» que le encañonaba acababa de emitir el chasquido anunciando que su poseedora alzaba el seguro.

—Os lo ruego, muchachos. Os sentáis y vais a oírme con calma. Cuando desembarqué me di cuenta que estabais a bordo, y es fácil adivinar vuestra intención. No os quedasteis conformes con la paliza que os administró Jerry Carrol, y habéis pensado que, viniendo tras mis faldas tendréis ocasión de tomar revancha.

Íntimamente aliviado, Brod Martens se hizo quejumbroso:

—Comprenderás que hombres como nosotros no recibimos sin devolver la misma moneda. Y supimos que Carrol navegaba por estas latitudes...

—Y posiblemente vendrá aquí, pero vais a hacer como si no le

conocierais y él os imitará.

Volvió a esconder su revólver, añadiendo:

—Me abandonó, y no soy mujer que perdona. Vosotros hacedme caso y os daré ocasión de desquitáros. Y puedo hacer más todavía: he comprado este local, que transformaré en «*music-hall*». Sí os interesa tener comida, techo y sueldo, hay dos plazas para camareros. Y ahora ya os podéis largar, para pensar en lo que más os conviene. Hoy no se abre hasta las nueve de la noche.

—Oye, doncella, que nosotros no somos... —empezó a decir Cortland.

Brod Martens tocó con el codo a su compañero.

—Andando, Lewis. Volveremos a las nueve.

En la húmeda y fría avenida marítima, alzados los cuellos de sus chaquetones, se encaminaron hacia el único hotel de Belle Isle.

Entraron en la habitación ocupada por Erich Gunther, y explicó Martens:

—Está convencida que la hemos seguido para devolverle la paliza a Jerry Carrol. Dice que ella no es mujer que acepta que la abandonen y nos ha ofrecido ser camareros.

—Vais a aceptar, y es preciso que os ganéis la confianza de ella. Y que sepáis escuchar todo lo que allí se hable, porque acudirán oficiales de la marina de guerra. Id con mucho cuidado, porque Greta Donegal es mucho más inteligente que vosotros. Cuando yo vaya allí, no me conocéis, y cuando abandone esta isla, os diré con quién en lo sucesivo estaréis en contacto. Tú, Cortland, sigue en tu papel de marinero brutal, pero procura demostrar gran patriotismo y profundo odio hacia el enemigo. En cuanto a ti, Martens, demostrando los mismos sentimientos, tratarás de averiguar si en el tiempo que Jerry Carrol estuvo, en Nairn ella le convenció para que se enrolase en el «*Intelligence*». Mi opinión es que Greta tan sólo se enamoró del brutal salvaje Carrol, y es posible que ella, dada su mentalidad, quiera ahora vengar el abandono, porque en los antecedentes de Greta Donegal consta, que nunca se enamoró más allá de unas noches. Y estuvo muy sumisa, como las de su ralea cuando hallan al hombre duro, brutalmente arrogante. Ya sabes, pues, cuál es tu misión, Martens. Averiguar si Jerry Carrol es sólo un ignorante capitán de velero o forma parte de la organización de contraespionaje de los ingleses.

CAPÍTULO VIII

Clay Irving poseía un semblante que inspiraba antipatía, porque ostentaba, sarcasmo de hombre superior, desdeñoso. Alto y membrudo, revistiendo su uniforme de capitán de altura, dirigióse a la pasarela lateral, bajo la que aguardaba la lancha que le llevaría a tierra y transmitió al primer contraamaestre:

—Es orden general que todas las tripulaciones permanezcan a bordo mientras tiene lugar la convocatoria de patrones y capitanes. Recibirá veinte chicotazos el que abandone el barco, y tú doble cantidad, perdiendo además tu cargo.

En la lancha esperaba ya Bryce Kiltern, y los ocho remeros bogaron ahora hacia el bergantín para, recoger al patrón de la flotilla.

En la extensa rada, iban y venían las lanchas capitanas, tras llevar al desembarcadero de oficiales a los patrones y capitanes convocados por el Almirantazgo.

Pisando los maderos atravesados sobre pilastras, Ian Kiltern esperó a que su hijo mayor e Irving estuvieran a sus costados.

—Visteis entrar uno de los primeros a Jerry Carrol, que ancló prudentemente apartado de mi flotilla. Demuestra no querer pelea, y exijo que no le deis ocasión de pelear. Vas a echar un vistazo a la sala, y allá donde se siente él, será el meridiano opuesto al que ocuparemos nosotros tres. Vete a comprobar, Bryce.

Bryce Kiltern se dirigió al único edificio donde lucía, al extremo del asta, la bandera inglesa, en el centro de la galería de soportales, y que era el Consulado de Mar y Comandancia Naval, de que dependían las flotas pesqueras escocesas del Norte.

—Zarpará usted tan pronto se disuelva la reunión, Irving. Y ya conoce el punto donde volveremos a encontrarnos.

—¿Si rondase el «Gladys», señor...?

—Ya me ocuparé de evitarlo.

En la sala tribunal iban sentándose en los bancos, como si fueran espectadores, de un juicio, los armadores o sus representantes. Ocupaba un extremo de banco, en la tercera fila a la izquierda, Jerry Carrol.

Kiltern y sus dos acompañantes se sentaron en la fila octava a la derecha.

A las cinco en punto, el Mayor de Belle Isle, autoridad civil equivalente a un gobernador para dirimir conflictos entre pesqueros entraba en la sala, seguido por el cónsul de mar, y fueron al estrado, ocupando los sillones a cada lado del que presidía, que empezó a leer los nombres de los armadores, respondiendo éstos o sus capitanes.

Después, un alguacil fue entregando por duplicado, a cada asistente un impreso, que deberían devolver firmado, conservando ellos uno, y que contenía lo que resumió el comandante naval:

—La guerra entre Francia e Inglaterra, aliadas contra el Imperio alemán, ha obligado al

«Lloyd's»

a hacer uso de sus atribuciones, modificando las primas de seguros, y salvando su responsabilidad en el caso de hundimiento de barcos que no suscriban una póliza especial, por el valor bruto de la mitad del flete, o el equivalente al sesenta por cien del beneficio de venta. Todo barco que decida navegar a su riesgo, su armador no tendrá derecho a pago si es hundido por acción enemiga. La escuadra inglesa intentará en la medida de lo posible dar protección a los barcos que doblando el Cabo de la Ira hagan proa hacia el sur, y a los que, desde estas aguas, remontan hasta Islandia, Terranova y Escandinavia. De los armadores aquí reunidos, el más antiguo es Harold Haraldsen, de las Shetland, que puede, por lo tanto, hablar en representación de las Shetland.

El aludido, poniéndose en pie, subió al estrado, y, dando media vuelta cuando estuvo al lado de la mesa, tras estrechar las manos de las tres autoridades, habló, reposadamente:

—Mis barcos no desafían peligros para enriquecer a aseguradores, y si ellos reducen la prima a pagar, nosotros los de Shetland, nos iremos a fondear en espera de que la guerra acabe.

Yo, en nombre de mis compañeros, daré por escrito nuestra decisión. Pagaremos el tercio de flete, ni un penique más. Y digo yo, ¿qué le interesa más a Gran. Bretaña? ¿Barcos llevándoles alimento, o barcos pudriéndose en los fondeaderos, que sólo enviarán sus lanchas a recoger lo necesario para ir viviendo los moradores de las Shetland?

Los demás armadores y capitanes de las Shetland exteriorizaron clamorosamente su aprobación. Silenciados, llamó el comandante:

—Gosla Mac Donald, de las Orkney.

El representante de las islas que no se consideraban ni escocesas ni británicas, sino simplemente «orcadianos», repitió los gestos de Haraldsen, y después dijo taimadamente:

—Nosotros tenemos telares, y ganado sobrado, para esperar a que la gente de guerra acabe con la otra gente de guerra. Nuestros barcos permanecerán quietos en sus puestos, a menos que el «Lloyd's»

acepte las condiciones que Harold Haraldsen ha expuesto.

Al cesar el griterío de aprobación, llamó el comandante:

—Ian Kiltern, de Thürsom.

Éste, cuando hubo estrechado las diestras de los cinco que se hallaban en pie en el estrado, dijo:

—Hablo por mis tres barcos, ya que no he cruzado palabra con el representante del otro armador de Thürsom. Pero yo digo lo mismo que Haraldsen y Mac Donald. Arriesgo mis barcos, si los aseguradores arriesgan obtener menos beneficios.

Rieron estruendosamente la pesada gracia de Ian Kiltern, los demás de la sala, y el comandante naval, consultando la lista, pidió:

—Capitán Carrol, del «Gladys» de Thürsom.

Desde su banco, en pie, Jerry Carrol habló secamente:

—En el puerto es donde están más seguros los barcos, pero la lástima es que los barcos se han inventado para surcar los mares. Y si el «Lloyd's»

no acepta el tercio de nuestros beneficios, no ganará ni para tinta y plumas con lo que le beneficie navegar nosotros a nuestro riesgo. Mi armador me ha dado plenas atribuciones para aceptar las condiciones que los demás armadores consideran justas.

Ni una sola vez se cruzaron las miradas de Jerry Carrol y Kiltern.

El comandante naval manifestó:

—Cada armador dejará un representante en Belle Isle, en espera de la respuesta que solicitaré y el guardacostas «Warrior» recogerá en Edimburgo. Mucha bonanza y felices redadas.

Fueron, marchando todos, permaneciendo solamente los tres armadores principales y Jerry Carrol, quien al disponerse a salir fue llamado por el comandante naval.

Al subir al estrado, Carrol se colocó al lado opuesto de la mesa en que se hallaban los tres armadores. El cónsul de mar adujo:

—Vuestros aseguradores saben ya que con los escoceses hay que pedir diez para conseguir tres. Doy pues por seguro que aceptarán, pero cada uno de vosotros tiene ahora a su conciencia el no mantener en la ignorancia a sus tripulantes, que ya no tendrán que luchar contra la furia natural, sino contra el insidioso ataque entre dos aguas de los sumergibles alemanes, que han empezado ya a hundir barcos mercantes, y de pasajeros, en el mar del Norte. ¿Qué representante dejas, Harold?

—Al piloto Ivor, que se rompió una pierna.

—Dejo yo al gaviero Minch, que tiene liebres.

—Yo puedo esperar con mi bergantín unos días más —dijo Kiltern.

Jerry Carrol manifestó:

—El tercer arponero Corbett tiene prometida en Belle Isle, y él recogerá la respuesta.

Haraldsen y Mac Donald se despidieron, mientras iban firmando a un lado de la mesa, Kiltern, y al otro, Jerry Carrol.

Fuéronse el cónsul y el mayor, y el comandante miró con recelo a Ian Kiltern, que no se iba, y a Jerry Carrol, que al otro lado esperaba mirando un punto indefinible del techo.

En voz baja, Ian Kiltern resolló:

—Usted es testigo, comandante Campbell, de una acusación que presento. Yo expulsé a Jerry Carrol de Thürsom hace unos seis años, porque se apoderó de un dinero que no era suyo. Si la hija del difunto Fergus, en su poca experiencia, confió su velero a Jerry Carrol, ¿no existe ley que usted debe imponer a este hijo de Satán?

—¿Existe comunicación escrita hecha a partir de aquella fecha, patrón Kiltern? —inquirió Campbell.

—En Thürsom arreglamos personalmente nuestras querellas.

—Entonces, ¿por qué requiere ahora mi autoridad? Bonanza y felices redadas, Kiltern. Usted se queda, Carrol.

Ian Kiltern titubeó unos instantes, pero decidió abandonar el estrado. Estaba a mitad del pasillo cuando, volviéndose, exclamó:

—¡Aléjate de mí estela, ladrón cobarde!

Jerry Carrol empuñó un tintero, que salió disparado como un proyectil, yendo a chocar con fuerza contra el pecho de Ian Kiltern...

El comandante Campbell esgrimió su pistola reglamentaria, al interponerse entre los dos hombres que avanzaban mutuamente al encuentro, abierto en la diestra el ancho cuchillo faenero.

—Le vuelo el seso al primero que de un paso más.

—Usted, Kiltern, ¡fuera o probará los hierros! ¡Usted, Carrol, atrás!

La boca de la pistola tocó en la garganta al lívido capitán del «Gladys», que movió unos instantes los brazos, y por fin gruñó:

—Muy bajo caíste, Ian Kiltern, que oreas cuestiones de Thürsom ante la autoridad de Belle Isle. Y si quieres mantener insultos, lancha tienes donde invitarme a clavar cuchillo en carne.

Iba a replicar Kiltern, pero se impuso Campbell:

—Fuera dije, patrón Kiltern, o como hay Dios, que por provocar querella en mi presencia, lo meto en hierros, y responderá por desacato.

Kiltern dio media vuelta y abandonó la amplia estancia. Jerry Carrol retrocedió un paso y cerró el muelle de su cuchillo.

Enfundó Campbell, y miró en el suelo los restos del tintero.

—Usted permanece en esta sala hasta que levé anclas Ian Kiltern. Si quieren matarse, sobra mar; pero mientras tenga yo mando en Belle Isle, no toleraré que vengan a esta isla a dirimir querella la gente áspera de Costa Bárbara. Si en Thürsom no atacó a Kiltern, ¿por qué mil demonios viene a pelear aquí?

Jerry Carrol habló lentamente:

—Usted tiene fama de recto y justiciero, señor Campbell. Que zarpen los veleros de Kiltern y ancho es el mar de Thürsom.

Campbell, abandonando la sala, vio al que esperaba a solas.

—Le ordeno abandonar Belle Isle, patrón Kiltern con su flotilla.

—Quien puede mandar, ha de ser obedecido. Por lo visto, seis años metido en toneles de ron han hecho de Carrol un cobarde

acabado.

John Campbell se aproximó más a Kiltern. En voz baja; dijo:

—Hace nueve años que crió musgo en las asentaderas, en Belle Isle. He oído centenares de leyendas, y algunas historias. Si un trece de octubre pudo usted acusar de ladrón y dar látigo a Carrol con la ayuda de Clay Irving y su hijo mayor Bryce, hoy es veintitrés de septiembre y han transcurrido cerca de seis años desde entonces.

—¡El que allí fue un ladrón cobarde, es ahora...!

—Un hombre que no quiere matarle en Belle Isle, Ian Kiltern. Váyase, y si dentro de media hora no veo alejarse sus tres veleros...

—¡Dejaré al primer arponero Jielgud, en espera de respuesta! Adiós, señor Campbell.

Regresando a la sala, John Campbell tendió su bolsa de tabaco a Jerry Carrol, que cabalgaba el primer banco junto al estrado.

—Nada mejor como una cachimba para calmar la sangre, capitán Carrol. Me agradecería verle zarpar mañana, sí le da lo mismo.

—Quien puede mandar ha de ser obedecido, y más cuando sabe mandar. Pido excusas a su autoridad por haber roto un objeto que no era mío. Mi deseo es retardar lo más posible el momento en que un Kiltern me escupa.

—¿Conoce a un primer arponero llamado Jielgud?

—Mucho. Endereza un arpón sin necesidad de cogerlo en palanca con yunque. Era contraamaestre hace un poco más de seis años. Lo tuve tres días con sus noches atado al botalón, y así entró en el puerto de Thürsom. Fue la última vez que le vi... porque era el día mismo en que Kiltern me expulsó del poblado.

—Jielgud es el hombre que deja en tierra Kiltern.

—Gracias por notificármelo, señor Campbell.

—No me incumbe evitar que Jielgud le busque, y si existe provocación, mi autoridad se abstiene. Cuando mi ordenanza me avise que los veleros de Kiltern han tomado el largo, usted puede disponer de sus actos hasta mañana, en que a partir de luz de día puede zarpar.

—Es rara su actitud. ¿Me tiene lástima o amistad, Campbell?

—Curiosidad tan solo, porque me consta que entre los muchos defectos que usted y yo tenemos, no está el de ser ladrones ni cobardes. Yo oí explicar cómo le expulsaron de Thürsom a usted...

Hace unos tres años, se hospitalizó aquí con gangrena en un brazo un viejo arponero. Le cortaron el brazo, y se salvó; pero no volvió a Thürsom, y fue a morir en Kirkvall, como pastor. Pertenecía a la tripulación del bergantín de Kiltern, y dijo que usted, aquél trece de octubre, cuando desembarcó..., se quedó como un mástil que es lamido por el rayo...

—Clay Irving, mi segundo entonces, no mentía cuando me acusó ante Ian Kiltern de haber falseado el libro de inventario lo tenía encima la bolsa con una letra de pago sobre banco de Edimburgo, por valor de trescientas guineas oro... No era dinero mío, sino producto de falsedad en el libro de inventario de los beneficios que pertenecían a Ian Kiltern.

—Usted tumbó a puñetazos a Irving, y disponíase a acometer a Ian Kiltern, cuando, según me contó el viejo arponero, se quedó como el mástil lamido por el rayo, ciegos los ojos, quietos los miembros, insensible a todo, y así la emprendieron a latigazos con usted Ian Kiltern, Bryce Kiltern e Irving. Lo dejaron tundido al borde del camino que conducía a la costa oriental, y no volvió a vérselo por Thürsom.

—¿Qué más contó el viejo charlatán visionario?

—Nada más... Días después, dijo otra cosa. Le gustaba hablar de Thürsom, sabiendo que ya no volvería allá, porque lo dejaron en Belle Isle con la paga de un año y despedido. Es dura, ley de mar, y la aceptaba. Me habló de Fergus Rain-Leod,

desesperado por no tener varón que le sucediera... Me habló de los hijos de Ian Kiltern... y de lo bonita y caprichosa que era Aline Kiltern... que murió de fiebres cerebrales, un trece de octubre, en la madrugada... unas horas antes que usted, al mando de los tres veleros de Kiltern, los trajera a puerto de regreso de Dornoch.

Jerry Carrol sombríamente murmuró:

—Cuando derribó a Irving y me disponía a abrirme paso... Alex Kiltern gritó algo... Unas palabras tan solo; aludiendo a que era salvaje falta de respeto a la que aun yacía envuelta, en sudario: Aline, que quince días antes estaba radiante de vida... ¿Por qué le cuento todo eso, señor Campbell...? Tal vez porque es de los pocos hombres a quienes respeto... y no me place que me pudiera creer un cobarde. Fui ladrón, porque Aline sabía que su padre no

consentiría nuestra boda, y fue ella la que me dijo que huyendo a Edimburgo podríamos casarnos y entonces aceptaría Ian Kiltern. Pero en Edimburgo quizá tuviésemos que esperar meses, y ella estaba acostumbrada a comodidades que yo no podía darle... Nadie en Thürsom sabía que ella y yo, nos veíamos a escondidas... Y me paralizó como al mástil lamido por el rayo oír a Alex, que era entonces un muchacho de quince años, clamar que Aline estaba sin vida... El restó ya lo sabe: me dejaron por muerto, reviví, visitó el cementerio, y creí que encontraría olvido en el ron y las pependencias...

—¿Por qué no le explicó la verdad a Ian Kiltern?

—Porque si Aline me dijo que trescientas guineas nos bastarían, y era la dote que después ella le reclamaría a su padre, exculpándome a mí del robo, no por eso muerta ella dejaba yo de ser un ladrón. ¿Y qué me importaba ya nada...? Cuanto he expuesto, ha sido de hombre a hombre, señor Campbell. Gracias por su tabaco, y ahí asoma su ordenanza... Zarparon los Kiltern, y yo me iré mañana al amanecer.

John Campbell encontró esperando en su despacho a Greta Donegal.

—Es de desear que de todo lo hablado haya podido usted sacar deducciones, señorita Donegal.

—El inconveniente de los marinos es que están acostumbrados a imponer sus voces sobre los ruidos del mar y el embate de los vientos. Hasta cuando pretenden bajar la voz, son perfectamente audibles para quien sepa agudizar los oídos. No tema ninguna indiscreción por mi parte, puesto que el secreto que Aline Kiltern se llevó consigo a la tumba, no tengo el menor interés en revelarlo, ya que no es de la menor utilidad para mi cometido.

—¡Es usted maravillosamente práctica!

—¡Ojalá lo fuese siempre!

Ella pensaba en Jerry Carrol, el único hombre por el que se sentía capaz de los mayores sacrificios, y Campbell aludía a la actividad que desarrollaban los carpinteros contratados por la nueva propietaria de «El Papagayo Azul», que iba convirtiéndose, de espaciosa taberna que antes era, en un típico «*music-hall*» decorado con temas náuticos; y entarimados que imitaban los puentes de un navío encuadrando la pequeña pista a modo de

cubierta general, donde días después evolucionarían ocho agentes femeninos del «Intelligence Service».

CAPÍTULO IX

Jerry Carrol se dirigió rectamente al embarcadero, y cuando la lancha bogaba hacia el «Gladys», volvió a mirar hacia la seta de hierro para amarrar estachas, donde el coloso Jielgud, sentado, parecía la imagen reflexiva de un hércules rencoroso.

Al pisar cubierta comunico a Laskar que la tripulación podía bajar a tierra, salvo cuatro hombres en dos turnos, y a las dos de la madrugada se pasaría lista, zarpando el barco a las siete de la mañana siguiente.

—Puedes desembarcar en la lancha mayor, Jim. No iré a tierra, porque el estúpido oso llamado Jielgud no es pieza que me interese arponear.

A las once de la noche, Jielgud pagaba todo lo que quisieran comer y beber Finlay y Mac Gregor. Insinuó que no tardaría Jerry Carrol en saber que era imposible oponerse a Ian Kiltern.

No sugería un motín, sino ganarse plazas de contramaestre cuando el velero, sin Carrol ni Laskar, a los que, con sus pocos adictos, «un oleaje podía arrebatar», llegase de arribada forzosa a Thürsom.

Ian Kiltern era generoso con los que le eran fieles Finlay, el patizambo, admitió que era una vergüenza sentir pánico hacia un «hijo de Satán» que le había hecho azotar y además le obligaba a ocupar a bordo el cargo más expuesto y peor pagado.

Mac Gregor estuvo de acuerdo en que nunca llegaría a contramaestre, a no ser que el velero pasase a propiedad de Ian Kiltern.

Y salvo Laskar, los Wilder y Karlson, todos los demás guardarían el secreto del motín. Él y Finlay se encargarían de suprimir a los Wilder y a Karlson. El momento oportuno para terminar con Carrol

y Laskar sería darles en la cabeza con el remo cuando iniciasen la faena de tender el «chalutier».

Y sin capitán ni segundo, el «Gladys» volvería a Thürsom, donde todos declararían que zozobró la lancha en la que Carrol, Laskar, los dos Wilder y Karlson iban tendiendo la red principal.

* * *

El vigía de turno, dio la voz anunciando que un bote de remos atracaba junto a la escala colgante a estribor del anclado *brikbarca* y que Rufus Alexander mantuvo tensa desde el bote.

Ascendió dificultosamente Greta Donegal a la que Wilder acompañó hasta la toldilla, y la arrogante dominadora de voluntades masculinas volvió a experimentar la misma impresión de sometimiento ante el fulgor de los verdes ojos de Jerry Carrol.

—Surges como una sirena allá donde acuden tritones. La última vez que nos vimos intervenías activamente en cierta discusión, que dejó algo estropeado el local de Nairn.

Sentándose en el «decoy» tendido en la camareta, ella sonrió como si la bronca voz evocase recuerdos gratos.

—Mulligan me dejó libre, y supe que habías aceptado el mando de este barco. He comprado «El Papagayo Azul», y estaba esperando que vinieras a tierra. ¿Sabes a quiénes contraté para camareros? A los dos que originaron aquella pelea que hizo intervenir a Mulligan.



Llueve sobre mojado, capitán Carrol...

—He conocido mujeres de diversa condición, Greta. Y desde un principio me diste recelo, porque no eres vulgar sirena de puerto. Al conocerte en Nairn supuse que serías la esposa de algún piloto contrabandista. Después comprendí que eras demasiado inteligente para vegetar en un puerto de tan mala fama como Nairn... y ahora te veo aparecer, radiante y enigmática, en Belle Isle.

—Puede que supiera que ibas a venir aquí.

—De donde me voy a las siete de la mañana, aunque es posible que algún temporal se prolongue, y Bella Isle ofrece buen varadero.

Ella estudiaba las facciones del que, iluminado por el rojizo reflejo de la linterna, tenía la expresión de un diablo divirtiéndose...

—En Nairn me mirabas indiferente, y dijiste que me considerabas como a una hermana. Ahora hay burla amistosa en tu rostro, Jerry. ¿Puedo saber por qué sonríes como un brujo regocijado?

—He encontrado el remedio contra el enturbiamiento del seso, y a medida que el mar me fue devolviendo la capacidad de razonar, fui atando cabos, y trencé una redecilla. Una noche, en Nairn, estando yo empapado, vislumbré tu perfil y casi me enternecí creyéndote bordadora en papel. Te estuve contemplando, y vi cómo sacabas el papel que habías estado agujereando con un alfiler, lo enrollabas e introducías en un cigarro habano, que alineaste con otros en una caja, qué al día siguiente, ya no estaba en tu armario. Ahora apareces en Belle Isle, y posiblemente habrás traído contigo el bastidor en que tensabas papel y bordabas sin hilo.

—¿Y qué deduciste en la calma meditativa de tu retorno al mar?

—Que una mujer demasiado inteligente no es flete oportuno para un marinero aldeano. Y que si yo tundí a dos hombres, que luego aparecieron ahogados, se debía a que no te atacaron atraídos por tu belleza, sino porque podrían estar interesados en los extraños calados que con alfiler trazabas. No me importa que te dediques a contrabandos peligrosos, pero nunca me gustó ser perro guardián de persona que abusa de la torpe ignorancia de un marinero como yo, ajeno a trapicheos.

—No podía revelarte...

—Ni lo pido. Pero quiero hacerte una advertencia: Mulligan es un hombre de sana mentalidad, sin astucia. El señor Campbell es marino instruido, y si descubre tus trapicheos, me dolería que te enviara por unos años a tejer de verdad en una cárcel de mujeres aventureras.

—Bien vale tu franqueza que corresponda. Yo pertenezco al Servicio Secreto, y tengo por misión informar sobre personas que, por sus indiscreciones o porque estén a sueldo de enemigos de

Inglaterra, se hagan culpables del delito de alta traición.

—¿Y qué puedes tú secretar en costa bárbara como ésta, donde sólo tocan pescadores como yo?

—Belle Isle será base naval de guerra. Pero hablemos de otra cosa, Jerry. ¿Es bonita la propietaria de este velero?

—La viste aquella noche última de Nairn.

—Me pareció orgullosa y muy joven.

—No soy de su clase.

—¿Lo soy yo? —murmuró ella.

—Nos une la misma pasión: el riesgo...

Ella, en pie, tuvo rubores de adolescencia al musitar:

—Puede que nunca volvamos a vernos, capitán Carrol.

Respondió el instinto viril a la oferta del primer amor sincero de la aventurera.

* * *

Rufus Alexander amarró el bote, cumpliendo con la petición de Greta Donegal que dijo que apenas estuviera ella a bordo, él regresase a tierra, sin preocuparse por volverla a buscar, puesto que sobran lanchas en el «Gladys».

Marchando lentamente hacia el caserón, que era objeto de grandes transformaciones, meditó que la marinería siempre se comportaba igual. Bebían hasta no poder más, y luego, dando tumbos, iban en busca de las lanchas que les devolvieran a sus flotantes hogares, donde los más resistentes se ocupaban de que los menos despiertos no faltaran a la lista.

Algunos se bañaban involuntariamente, al fallarles el pie, y otros iban acompañados por recientes acreedores, que deseaban a bordo tener confirmación de los pagarés firmados.

Lo que extrañó a Alexander fue ver a Martens en fraterna camaradería con dos tripulantes del «Gladys», con los que, en una lancha cargada hasta los topes, entonaba a coro la canción vikinga del arponero enamorado de una ballena blanca.

Pensó que el ex marinero tenía nostalgia de las épicas papalinas de escala.

A las tres y cuarto, a bordo del «Gladys» reinaba un completo silencio, y la última lancha izada acababa de transportar a tierra a

Greta Donegal.

A las siete en punto, chirriaban los tornos levando las dos anclas, y las lonas, al ir tensándose, simbolizaban el adiós al puerto seguro.

Desde su ventana Greta Donegal, sollozando incontinentemente, creyó ver un presagio agorero en el vuelo rasante de las gaviotas manchadas de negro, que emitiendo sus graznidos agudos buscaban en la estela del velero que se alejaba, restos de comida.

Erich Gunther, a las ocho en punto, acudía al embarcadero en espera de tomar pasaje en el paquebote que, volviendo de Kirkvall, le dejaría en Dornoch.

En el cobertizo de protección para la lluvia, no había nadie porque el paquebote no llegaba hasta las nueve.

Soñoliento, Brod Martens, envuelto el rostro con el tapabocas del gorro lanudo, vino a las ocho y media. Dijo al detenerse junto al alemán:

—No hubo mucha dificultad, porque había barullo a bordo. La caja que usted me entregó la dejé en el pañol, debajo del lastre estibado de las hilachas de cáñamo. Nadie me vio.

Mirando su reloj de bolsillo, replicó Gunther:

—A las diez en punto el «Gladys» dejará de ser un posible peligro. Cuando te entregué la caja me preguntaste qué contenía. No te pago para que hagas preguntas, Martens, sino para cumplir lo que te ordeno.

—Fue curiosidad, señor; pero usted sabe que le estoy agradecido y siempre cumplo lo que me manda.

—En lo sucesivo te comunicará mis órdenes el cambusero de la falúa «Hadoc». El llamado por mote «Vizconde».

—¿El bizco Herman?

—Ese mismo. Ya se dispone el práctico a ir en busca del paquebote. La caja que llevaste al pañol que más fácilmente puede incendiarse, contenía un mecanismo ingenioso, Martens. Un reloj que cuando marque las diez hará estallar un explosivo envuelto en estopa bañada en petróleo. El «Gladys» ha zarpado para realizar su último viaje.

CAPÍTULO X

La sonda no daba aún la profundidad deseada para tender al arrastre la enorme red, cuyos cables terminales sujetos a los tornos eran constantemente revisados.

Cada grupo tenía su misión concreta, pero Jim Laskar, tras examinar los cuatro puntos cardinales, decidió mentalmente que no existía indicio alguno que justificase el aspecto de inquietud que demostraban los rostros de los que, formando grupo, esperaban la orden de arriar la lancha mayor.

Ésta, ocupada por capitán y segundo, tenía a su responsabilidad el tender el «chalutier», cuando la sonda diera las brazas adecuadas.

El cielo gris y la leve marejadilla, eran precisamente síntomas que debían ser acogidos con satisfacción por los pescadores...

Jerry Carrol equipado para la maniobra que iba a verificarse de un instante a otro, tan pronto el sondero cantara las brazas requeridas, cedió el timón a Karlson.

La presencia de lomos plomizos describiendo arcos sobre el agua era otro síntoma favorable, puesto que los atunes no andarían lejos de la pesca codiciada.

Si el banco hubiera sido, más abundante, Carrol hubiera ordenado el empleo de las redes menores y la entrada en acción de dos lanchas arponeras.

Consultó el reloj esférico, junto al espigón de la Rosa de los Vientos, y marcaba las nueve y veinte. A su lado, Jim Laskar emitió una tos completamente innecesaria.

Le miró interrogante Carrol, que con avance de la barbilla invitaba a hablar.

—Pido permiso para dar las armas de fuego a los dos Wilder y a Karlson, señor. Me voy haciendo viejo y desconfiado, pero la gente

no está como debe.

—Releva a los Wilder, y dales pistola. El viejo a toldilla, el joven a botalón. Sigues con buen olfato, Jim. Hay alguien que esta noche ha emponzoñado el seso a estos mocetones, y lo vamos a averiguar.

Se alejó Laskar hacia el escotillón, y ordenó por lo bajo Carrol:

—Aferra el gobernalle, Karlson. Vete, con Laskar, y toma posesión en la escala de trinquete. Que Jim se afiance en el mesana.

Y al quedar el timón encadenado, y rabear el *brikbarca*, se hizo más ostensible la inquietud de varios tripulantes...

Con sólo las lonas de palear facheaba la nave, y Jerry Carrol dirigióse hacia la borda en que estaba esperando el grupo en que Finlay, el patizambo, agachó la cabeza como un buey remolón...

Jerry Carrol apercibió de soslayo a los cuatro en quien podía confiar, consolidándose en los puntos señalados, desde los que dominaban a la restante tripulación.

Cantó el sondero la profundidad exigida por Carrol, pero éste alzó la zurda en gesto negativo, deteniendo a los que se dirigían a las palancas de tornos.

Y gritó:

—¡Formación de zafarrancho!

Jim Laskar, en la cruceta de mesana, repitió con su silbato la orden, y cuatro grupos corrieron hacia el parque central de faena.

El grupo a cuyo frente estaba Finlay titubeó... Jerry Carrol apuntó con el índice a Finlay:

—Tu hocico es espejo turbio, y vas a cantar la balada del mal intencionado. Los otros, id donde os llama el soplo que manda.

Asiendo un bichero, Carrol señaló con el garfio hacia donde se agrupaban les demás. Y fue entonces cuando Finlay, exasperado, sintiéndose descubierto como inductor del motín que pretendían iniciar tan pronto se arriase la lancha mayor, retrocedió veloz para empuñar uno de los arpones tendidos en los hierros laterales.

Carrol repitió el gesto con el bichero, y obedecieron los restantes. Finlay permaneció un instante inclinado, arqueando aun más sus piernas...

Cuando se distendió fue para lanzar certeramente el arpón, y dando un alarido que incitara a los demás, salió corriendo aprovechando el mismo impulso de proyección de la pesada barra de hierro.

Pero su veloz acometida la delató con el movimiento de piernas, y el arpón pasó silbando por encima del que por un instante cayó de rodillas...

Cuando se irguió Carrol, el garfio del bichero mantenía por un hombro a Finlay, que, detenido en su avance a causa de la mordedura del hierro, se retorció sobre su mismo.

Jerry Carrol empujó más hacia abajo, y los agrupados en el centro del barco, que seguía dando bruscos vaivenes, permanecieron indecisos, sabiéndose indefensos ante el posible disparo de las pistolas que esgrimían Laskar, Karlson y los dos Wilder.

El garfio soltó el hombro profundamente lacerado, y Carrol empujó ahora con la contera hacia atrás al que, medio desvanecido, supo que iba a enflaquecer por interminables días, preso de hierros, hasta desembarcar y ser juzgado por intento de homicidio contra su superior.

Reuniendo todas sus energías, gateó hasta llegar al imbornal que le permitiría lanzarse al agua, pero quedó solo colgando de busto, porque en sus piernas acababa Carrol de formar lazada, cuyo remate fijó en la horquilla de una lancha.

—¡Cambusero! Cura la brecha, pero antes amarra bien las aletas de este pez podrido. ¿Había mar de fondo, tritones?

La pregunta la dirigió hacia los alineados en el centro. Y hubo asombro en los rostros porque «el hijo de Satán» proseguía, con tono duro, pero encogiendo los hombros en ademán fatigado, y no por cansancio físico:

—Me jurasteis obediencia, pero al primer soplo flojo estabais dispuestos a terminar conmigo. Y sin fiar en vosotros, no quiero valerme de las atribuciones que poseo y que me asquea imponer. Oídmeme bien, tercos pescadores... Ocuparéis las lanchas y estáis a pocas millas de tierra, con mar buena. Yo llevaré el barco a puerto y nuestra patrona decidirá si busco tripulación nueva o buscáis vosotros capitán de vuestro agrado. ¡Y ahora sí que no acepto juramentos! Dispararé contra aquel que tarde un minuto en llegar a las cabrias de su lancha. ¡Fuera con todos vosotros, gente de Thürsom! ¡Razón tenéis de no querer un capitán ladrón!

Hacia sus lanchas partieron atropelladamente los que adivinaban que iba a cumplir su amenaza Jerry Carrol.

Faltaban dos minutos para las diez cuando, en torno al velero, seis lanchas iban alejándose y sus remeros oían la voz de Carrol:

—¡Aparejo alto, Jim! ¡Tocaremos en Pentland enrolando gavieros!

El cambusero atendía brutalmente al atado Finlay y acabó de taponar con estopa impregnada en aceite balsámico su hombro lacerado. Después corrió hacia el tercer palo sin cruzar, encaramándose para soltar el velacho alto...

Al timón, Jerry Carrol viró un cuarto de rumbo, para que el leve nordeste cogiera los velachos altos, permitiendo con cinco hombres llegar antes de obscurecido a Pentland, la bahía de las Orkney.

Las lanchas iban enfilando hacia el sur...

Y de pronto, el palo arbolado más a proa, en cuya cruceta superior estaba cabalgando el viejo Wilder, crujió quejumbroso, astillándose segundos antes que resonara la explosión de la bomba colocada por Martens.

El viejo Wilder, perdiendo súbitamente el punto de apoyo, desplomóse rebotando contra la escala, a la que intentó asirse, y con ruido macabro fue a estrellarse en cubierta de proa, que, desencuadrada, daba salida a la llamarada y humareda.

El *brikbarca*, herido de muerte, hundió popa, escorando al bandazo siguiente, y embarcando agua.

Jerry Carrol tensó todos sus músculos sobre el timón, y al igual que todos los que habían dejado de remar en las lejanas lanchas, creyó que la explosión era debida a un torpedo.

El bandazo dismanteló los velachos altos, que latiguearon, y durante minutos, Laskar, Karlson, Wilder y el cambusero estuvieron luchando para conservar el equilibrio y poder adueñarse de nuevo de las drizas.

Crujió el mástil en su extremo, derrumbándose el velacho alto, cuando ya las llamaradas prendidas en las hilachas de algodón torcido, lastre que iba consumiéndose para empacar y remendar, convertían la proa en penacho rojinegro.

Aferró Carrol el timón, dejando a la deriva forzada la nave, y corrió hacia proa, para arrastrar al viejo Wilder e impedir que fuera pasto de las llamas.

Lo dejó en la cubierta central, para acudir al pañol de proa, por la escotilla delantera, y empujó la puerta que debía aislar el

compartimiento siniestrado. Pero el agua que había irrumpido oponía resistencia.

Consiguió ayudado por Laskar afianzar los cierres, y detuvo a Karlson cuando éste iba a aplicar el enroscamiento de la bomba de achique.

—Deja que el agua apague el incendio... si puede y no repiten los anfibios su disparo.

Cuando la humareda cesó, Laskar, el joven Wilder, Karlson y el cambusero apalancaron constantemente para extraer el agua que sumergía de proa el *brikbarca*.

Jerry Carrol, asiéndose al pasamanos, pudo llegar al bauprés, que rozaba el oleaje, cada vez más agitado.

Comprendió que el esfuerzo de los cuatro hombres que estaban extrayendo el agua resultaría inútil. El airoso velero, tumbado a babor, era ya un casco a la deriva, capricho de las olas.

Como asociándose al pesar de los que velan convertido en resto mutilado lo que había sido nave maniobrera, el cielo gris ennegrecíase y los densos nubarrones procedentes del norte traían repentinos fulgores luminosos.

El viento lanzó en varias ráfagas su alerta, y desde las lanchas lejanas donde afanosamente remaban en busca de puerto los proscritos del «Gladys», vieron silueta en alto la popa del *brikbarca*, hundiéndose verticalmente, en espumeante remolino obscuro, que hervía en el concierto de la tempestad que por espacio de cinco días con sus noches azotó implacable las aguas al norte de las Orkney.

CAPÍTULO XI

El diez de octubre entraba en el puerto de Thürsom el bergantín al mando de Ian Kiltern, que apenas desembarcado dirigióse hacia la casa de los Rain-Leod.

Le acompañaba su hijo Alex, que aceptó la orden de permanecer fuera cuando Kiltern fue recibido por Gladys. Ian Kiltern fue secamente autoritario:

—Tengo que hablarte a solas, Gladys. Tu tía Daisy sólo sabrá lamentarse. Tú tendrás el valor que heredaste de Fergus.

Daisy Duvengan abandonó el salón, y en pie, angustiada, Gladys esperó.

—Malas noticias son, y has de leer en mi rostro que no finjo ni simulo la pena. Llegué a codiciar tu velero con el mismo afán que un joven enamorado codicia a su prometida: con pureza de deseo. Se hundió al este de las Orkney, el veinticuatro de septiembre... Llegaron a Pentland diez hombres del «Gladys». Dicen que un torpedo reventó la proa de tu velero...

—Iban a bordo cuarenta y tres hombres, patrón Kiltern.

—Naufragaron los ocupantes de otras cuatro lanchas, y el capitán Carrol no quiso abandonar su puesto. Rescató con una muerte honrosa sus errores pasados. ¡Mírame en el alma, Gladys Rain-Leod!

Dios me niegue la salvación y no conceda misericordia a mis pecados, si en falso juro que la pérdida, del «Gladys» me ha causado el mismo quebranto que la pérdida de mis tres velacheros.

—¿Jim Laskar? —preguntó ella, con trémula entonación.

—Se hundió con el capitán Carrol, los Wilder y Karlson.

—¿Por qué no han venido a Thürsom los diez supervivientes?

—No me opuse a que volvieran. Les ofrecí mi palabra de que no les guardaba enojo por haber aceptado el mando del capitán Carrol, pero dijeron que invernarían en Pentland. Quisiera hacerte una súplica... Codicié tu velero y, por obtenerlo, hubiera sido capaz de retar a muerte al capitán Carrol... Ahora, créeme, si te juro que comparto tu pena. Permaneceré unos días anclado. Si deseas indicarme que no me consideras ya tu enemigo, acudiré tan pronto me invites. Mi deseo es que aquí donde naciste prosiga tu existencia. Seré rudo, pero no somos gente de ciudad... La unión de un Kiltern con tu apellido sería futuro de paz. Mi hijo Alex te quiere desde que apenas se sostenía en pie...

—Mañana tendré el honor de recibirle a esta misma hora, señor Ian.

Fuera, dirigiéndose hacia su casa, masculló Ian Kiltern:

—Perdí un velero, Alex, pero no hay mal que por bien no venga. Te casarás con Gladys.

—Sí, padre.

—¡Ella es la que debe darte el sí!

—Me dijo que mi compañía le era agradable...

—Entonces, trata de orzar a favor del soplo. Una mujer entristecida, pide el consuelo de un joven hablador como tú.

* * *

Al tercer día de estancia, Ian Kiltern dio orden de pertrechar para hacerse a la mar, a la medianoche. Hasta las diez podrían todos asistir al convite público, festejando la promesa de esponsales entre Gladys

Rain-Leod

y Alex Kiltern.

A las diez y cuarto, Ian Kiltern se dignó palmotear por vez primera en el cuello de su hijo Alex. Y dijo:

—A tu modo, en tierra, has demostrado saber navegar. La boda se celebrará el último día del año, si el mar no opone barrera y podemos asistir yo y Bryce.

A pie, se alejó Kiltern hacia la colina boscosa, en que se hallaban los panteones de los Kiltern y Rain-Leod.

Permaneció inmóvil, porque sus sentidos le advirtieron la presencia de un hombre rondando.

Y vio llegar a un individuo de faz demacrada, llenas de barro las botas... Un hombre que debía haber caminado mucho...

Le vio arrodillarse ante la blanca lápida, la más reciente en el panteón de los Kiltern. Y en la quietud de la noche oyó a Jerry Carrol:

—Buenas noches, Aline. No podía faltar tampoco hoy... Hay fiesta en nuestro pueblo. Tu hermano Alex se casará con Gladys. Y hay dos novedades, Aline... Murió el velero cuyo mando me dieron, y también a mí me tocaba morir; pero quiso salvarme Jim Laskar y ambos pudimos llegar a tierra. La otra novedad es que una mujer quiere salvarse de hundimiento, y sé que tú consientes. Ya no volveré a Thürsom; y si puedo vengar el velero que murió, tomaré esposa. No es amor como el nuestro, que fue primer amor, y en promesa de felicidad se quedó. Ella busca huir de la aventura y yo tener una persona en quien depositar fe y cariño. Porque vivir a solas, sin fe ni cariño, podría enloquecerme. Donde estás, me oyes. Reza por mí, Aline.

Al ponerse, en pie Jerry Carrol, giró sobre sus tacones, avanzando el demacrado rostro como si pretendiera olfatear o penetrar las tinieblas en torno.

Creyó que alguna alimaña del bosque se escabullía por entre los matorrales. Y cuando bajaba ya la ladera hacia el sendero que remontaba a la colina de basalto, se detuvo, separando los arqueados brazos y dispuesto a acometer, si era acometido.

Ian Kiltern, que parecía venir del poblado, habló brillantes los astutos ojos:

—Leyendas hay para todas las edades, y comarca es de trasgos y duendes la nuestra. Por las trazas debes ser el espíritu de un hombre que se llamó Jerry Carrol.

—No eres tú hombre para creer en duendes, Ian Kiltern.

—La resaca llevó restos del «Gladys», y quienes sobrevivieron te dan por hundido.

—Se hundieron los Wilder, Karlson y el cambusero. Me sacó a flote Jim Laskar, que hizo balsa.

—Tardaste en tocar tierra.

—Porque Jim Laskar, cuando la proa empezó a estremecerse y

estalló la compuerta, fue revolcado; pero se mantuvo fuerte y encontró empotrados en la cuaderna metales extraños. Él y yo somos marineros ignorantes, pero acudimos a consultar a una persona inteligente. De eso te hablaré en otra ocasión. Ahora, ten cuidado con el genio, Ian Kiltern.

—Cuida tú del tuyo.

—No te enoje oír lo que te consta: eres tiránico, ambicioso y astuto, pero amabas al «Gladys» con sentimiento puro. Y por ser quien eres execras a quien se amotina. Tú podrías enviar hombres a matarme a mí, o buscarme tú mismo, mientras era yo el obstáculo para que el «Gladys» te perteneciera. Pero por lobo que eres de mar, no ibas a permitir que hombres bajo tu mando, con promesas de tu boca, incitaran a una tripulación al motín.

—Dicen que la luz de luna enloquece.

—Dejaste a Jielgud en Belle Isle. ¿Tienes voluntad en repetir lo que le ordenaste?

—Que al tener la respuesta de los aseguradores acudiera a Thürsom. Y como parece que es hora de verdades, añadí que si tenía ocasión, al bajar tú a tierra intentase descalabrarte, como fuera: de frente o por la espalda.

—Bien vamos, que yo por luz de luna iba en tu busca para sondear verdades y decírtelas, y tú recorriste medio camino. ¿Algo más le ordenaste a Jielgud?

—Bastaba con lo que le indiqué.

—Si el «Gladys» cuando estalló de proa hubiera tenido a bordo la tripulación entera, estoy por afirmar que habría conseguido llevarlo a la costa. Pero con cinco hombres por gaveros, nada pudimos hacer.

—¿Acaso los otros desertaron de sus puestos?

—Hicieron algo peor: aceptar que Finlay los amotinase. Y yo los arrojé de mi cubierta, dándoles huida en lanchas, y dejando a decisión de nuestra patrona el que enrolara yo nuevos tripulantes o encontraran ellos capitán que... no llevara lastre de ladrón. Y bogaban ellos, lejos ya, cuando estalló la proa.

—Finlay amotinó...

—Y se vio morir. Gritó entonces: «¡Maldición sobre ti, Jielgud!».

Ian Kiltern resopló ruidosamente, y volvió Carrol a arquear los brazos, encorvando ligeramente el torso...

Por fin Kiltern, dominándose, inquirió:

—¿Acusas a un Kiltern de ordenar a Jielgud que con promesas de beneficios incitase a motín?

—A ti te pertenece juzgar.

—Jielgud no está en Thürsom.

—Lo tienes metido en cepo en bodega de Belle Isle.

—¿Cuándo estarás tú en Belle Isle?

—Un día para llegar a la costa oriental. Y no puedo lijar los que tardaré en hallar un barco que allá me lleve. Porque en el que vine no vuelvo. Hacía su último viaje por el norte.

—Reanudaremos nuestros pendientes asuntos cuando quede oído Jielgud. ¿No piensas visitar a Gladys?

—No, hasta no poderle dar cuenta detallada de cuánto aconteció la víspera última de la existencia del «Gladys».

—Cubre tu rostro, y nadie sabrá que a mi bordo viajas. Tendrás compartimiento y provisiones. No será preciso que nos veamos, hasta desembarcar en Belle Isle.

—Acepto, porque en mi venganza tú eres juez y parte.

—Espera aquí unos instantes. Iba yo a rezarles a mis familiares, cuando te vi aparecer como un duende.

Diez minutos después regresaba Ian Kiltern. Dijo:

—Hay creencias nuestras que no perecen. Con los años pierde uno ilusiones, pero sigo poseyendo una: que nos oyen los seres que amamos, y que en mundo mejor se hallan. Cubre tu rostro y evita ser reconocido.

Jerry Carrol permaneció en el compartimiento con provisiones suficientes para no tener que abrir y hablarle al patrón Kiltern.

Atardeciendo el día dieciséis, anclaba el bergantín en la rada de Belle Isle.

CAPÍTULO XII

Jielgud parpadeó, heridos sus ojos al suspender alguien de la viga sobre su cabeza una linterna. Una expresión de alivio le invadió el bestial semblante, al reconocer a Ian Kiltern.

—Hola, Jielgud. Te hicieron honor, colocándote grilletes dobles.

—¡Así llevo catorce!

Le interrumpió el revés que la diestra de Kiltern aplicó en su boca.

—Medida y comedimiento, arponero. Tú mueves la lengua sólo cuando yo te hago pregunta. ¿Por qué estás aquí prisionero?

—Esperando estaba la respuesta cuando un hombre, que al principio no reconocí, me asestó rociada de golpes. Era el hijo de Satán, que aquí me trajo, y por más que pregunté no me contestó. Se fue dejándome en cepo.

—Tienes, cara de haber pasado mucho pánico, Jielgud. ¿Por qué?

—Ya lo sabe usted, señor.

—¿Qué es lo que sé?

—La orden segunda que me transmitió usted, después de... ¡No, yo no dije nada!

—Habla razonablemente, y te evitarás el patadón que me hormiguea por los zancos. ¿Qué orden te di yo?

—Esperar la respuesta aseguradora, y llevarla a Thürsom. Y si bajaba a tierra el hijo de Satán, tratar de deslomarle. Pero no bajó.

—¿Qué más te ordené personalmente?

—Se marchó usted y vino al poco el capitán Irving. Me dijo que como a usted le torturaba la idea de no ser dueño del «Gladys», que yo podía prometer a Finlay y a Mac Gregor que serían contra maestres si mataban al hijo de Satán.

—Eso es incitar a motín, Jielgud.

—Yo juró obedecer cualquier orden y cumplí, señor. Y ya volveré a vivir... porque aquí era agonía esperar qué clase de tortura iba a aplicarme el hijo de Satán.

—Vendrán dos de tus compañeros a por ti, Jielgud. Callarás todo lo que ha sucedido desde que te dejamos en tierra. Eres mudo. ¡Eres mudo, cabeza plana!

—Sí, señor.

Ian Kiltern se dirigió al extremo de la bodega, bajo el «Papagayo Azul», y dijo:

—Pudiste oír, Carrol. Incitó a motín y te pertenece determinar si va a juicio y merece horca.

—Jielgud tiene menos seso que un mosquito. Cumplió una orden.

—¡Que yo no di!

—La dio Clay Irving, y usted es juez y parte. Yo he de pedirle cuentas a Irving allá donde lo encuentre.

Asintió Kiltern, para decir al cabo de una pausa de silencio:

—Era un buen capitán Clay Irving.

* * *

Greta Donegal, en la habitación donde estaban. Rufus Alexander, Ian Kiltern y Jerry Carrol, escanció en las cuatro copas, pero sólo dos bebieron: Alexander, todo el contenido de su copa y ella un sorbo.

—Según parece, usted es la que ha de explicar cómo se hundió el «Gladys» —dijo adustamente Ian Kiltern.

—Cuando el capitán Carrol y Jim Laskar me visitaron sin ser vistos por nadie, traían esto.

Deshizo ella el envoltorio sobre la mesa, y quedó contrastando con el blanco lienzo, un trozo de metal puntiagudo, picoteado por una cara, y unido a un muelle grueso, retorcido.

—Lo encontró Laskar hincado en cuaderna de proa. Lo guardó porque a su entender, un torpedo era como una bala de cañón que perforaba desde fuera, y sin embargo, la proa estaba resquebrajada en alto y a un lado. No me fue difícil determinar que esto era parte de una bomba con mecanismo de relojería. Y entonces fue cuando

Carrol hizo memoria. Si alguien había colocado esta bomba en el pañol donde se hallaba lastre inflamable, podía haber sido Brod Martens, a quien vio subir a bordo. Brod Martens sigue en esta casa, espiándome. Es un traidor vendido a los alemanes.

Ian Kiltern, crispados los puños, escuchaba con avidez.

—Supuse primero que era una venganza personal de Martens, porque yo me preguntaba, ¿qué interés podía tener el servicio secreto alemán en hundir el «Gladys»? Informé y obtuve una respuesta concreta. El velero «Gladys» podía ser un peligro para ciertos planes alemanes. Me informaron que hasta el día dos de noviembre permitiera a Brod Martens y a su compañero Cortland seguir creyéndose seguros en su tarea. Y el dos de noviembre, Martens, Cortland y Haddock, el de la falúa, serán aherrojados por el comandante Campbell. Antes el dos de noviembre, apresarlos, sería dar la alerta, a los demás agentes al servicio del enemigo. Fueron, pues, los alemanes quienes hundieron el «Gladys».

—Pero si no se amotinan los hombres, al mando del capitán Carrol, el «Gladys» se podía haber salvado —gruñó Kiltern, poniéndose en pie.

Miró recelosamente a Greta Donegal y comentó:

—El capitán Carrol viene conmigo a un juicio de mar. Usted nació para estar en una cocina, y darle pecho a sus hijos, Greta Donegal. No es tarea de mujeres ocupar según qué puestos. El servicio secreto es guerra astuta, para hombres.

—Es también femenina la astucia, señor Kiltern.

—Para emplearla en el hogar, fingiendo sumisión, y asustarse ante los bramidos del marido y del padre, pero haciendo ellas, esposa e hijas, sus voluntades.

—Usted es muy inteligente, señor Kiltern.

—Esto lo sabía ya. Dígame otro elogio mejor.

—Puede que algún día le demuestre que cometió un fallo grande.

—¿Por qué no me lo demuestra ahora?

—Esperaré su feliz regreso, señor Kiltern.

En la incipiente madrugada, envueltos los rostros, Ian Kiltern y Jerry Carrol regresaban a bordo del bergantín.

Cuando Carrol iba a entrar en su compartimento aislado, dio media vuelta.

Ian Kiltern, chasqueando la lengua, decía:

—Hermosa mujer Greta Donegal. Fuerte, inteligente, calmada... Como la hembra bíblica, que tras surcar mares procelosos encontró piloto que la convirtió en compañera eterna. ¿Es que no desea usted conversar conmigo, capitán Carrol?

—Es tregua provisional, señor. Usted desea, que sea vengado el «Gladys» y yo he de ajusticiar a Clay Irving pero nada ha cambiado... Fui un ladrón.

—Indiscutiblemente. Le avisare cuando en mi cámara se halle presente el que fue mi capitán. ¡Hasta entonces!

Se encerró Carrol y transcurrieron ocho largos días dos de ellos con sus noches, capeando el bergantín mar gruesa.

Al noveno día, Carrol, que, encerrado, seguía por deducción las maniobras supo que, paireando, el bergantín enviaba lancha a recoger a alguien.

Oyó izar las cabrias, y finalmente, llamaron en su puerta.

Ian Kiltern dijo:

—Buenos días. A bordo Clay Irving. Podrá intervenir cuando lo considere oportuno. Modere el genio y escuche hasta el límite sensato.

* * *

Clay Irving, entrando en la cámara, dio la novedad:

—Recogidas por seis veces las redes, señor, y acondicionadas ciento doce toneladas. Buenos días, patrón.

—No disponemos de mucho tiempo. Le mandó llamar, por si había sabido algo del «Gladys».

—Lo que ya comentamos, señor. Se hundió.

—Era un velero que me tenía enamorado. Por cierto, recogí al arponero Jielgud. Tiene fiebres altas... Le alude a menudo. Con referencia a promesas que usted hizo en mi nombre.

—Usted no ignora que con fiebres un bruto como Jielgud, delira con menos coherencia qué un hombre normalmente sano de seso.

—Según dice, usted odiaba tanto a Jerry Carrol, que por su cuenta prometió recompensas a quién se amotinara a bordo del «Gladys».

—Carrol era un peligro, y muerto, suyo era el velero, señor.

—¿No delira Jielgud entonces?

—Me habría complacido ofrecerle la noticia de la muerte de Jerry Carrol, señor, y el velero libre... Pero los alemanes...

—¡Usted hundió mi velero, que se encontró sin maniobreros! Y lo hizo por odio a Jerry Carrol, porque varias veces comenté que él era mucho mejor maniobrero que usted. Además, di una orden. El destino de Jerry Carrol me pertenecía determinarlo. Mala maniobra, Irving. No quiero yo confiar ni un remo a quien toma por su cuenta iniciativas contrarias a vieja ley de mar: a bordo, el capitán no es un hombre con sus defectos, sino el conductor de vidas ajenas y de una nave. En tierra, es un hombre cualquiera. Ante un tribunal, la declaración de Jielgud le valdría condena a muerte, Irving.

—¿Debo entender que piensa usted degradarme?

—Usted mismo perdió su honor de hombre de mar.

Sonrió sardónicamente el lívido semblante de Clay Irving:

—¿Lecciones de honor, habiéndonos reunido para ir a Buchan Ness?

—Nos apartamos del rumbo.

Clay Irving tendió las dos manos como si quisiera apartar una visión de pesadilla. Jerry Carrol continuó avanzando.

—Las acciones denigrantes que cometan hombres de Thürsom, las juzgan ellos mismos, Irving. Puedes tocar mi mano. No es traslúcida. ¡Es carne y hueso!

El bofetón hizo recuperar a Irving toda su presencia de ánimo y restablecido el equilibrio, desenvainó el cuchillo, arremetiendo con furia de odio acumulado.

Chocaron los pechos y ambos se inmovilizaron mientras las zurdas aprisionaban las muñecas armadas, Ian Kiltern, en pie, solemnemente, aguardó el cumplimiento de sentencia, o en caso adverso, administrarla él.

Vio la punta del cuchillo de Irving marcar con gota de sangre la garganta de Jerry Carrol pero el hombro derecho de éste fue elevándose, y empujándose Irving, que cuando cayó hacia atrás, rota la espina dorsal, tenía ya la garganta atravesada.

CAPÍTULO XIII

Ian Kiltern dio por escrito orden al segundo de la goleta bergantín que tomara el mando, por indisposición grave de Clay Irving. Rumbo a Buchan Ness. Las tres naves desplegaron el máximo de velamen y cuando volvió a su cámara, vio Kiltern el cuerpo rígido envuelto en la cosida lona, cuyo bramante ensartó Carrol.

—Antes de regresar a Belle Isle, me es preciso cargar flete en Buchan Ness. Bidones de petróleo. Huele mal el petróleo.

—Ignoraba que en Buchan Ness hubiera depósitos.

—Con lo que usted ignora se podrían rellenar las calas de muchas flotillas. Es petróleo que me proporcionan los alemanes y me pagan dos mil guineas por llevarlo a cierto punto, en la noche del uno de noviembre. Y la garantía de que ningún sumergible me torpedeará. ¿No es un magnífico negocio?

—Hasta que lo descubran los británicos.

—Es muy inteligente Erich Gunther. Además, manda con autoridad. Conoce mucho a los hombres. Yo no tengo más patria que mis arcas, dijo él. De acuerdo, le contesté, y el primero de octubre suministré combustible a tres sumergibles en aguas de Scapa Flow. Una organización perfecta, rápida. Se mueven como diablos, y en menos de una hora, por la corredera que tienden desde su ridícula y monstruosa cubierta hacen rodar los bidones desde mis bordas.

—En cierto modo, estará orgulloso de que le obedezcan tan ciegamente los hombres de Thürsom.

—Gunther lo pensó todo. Los marineros anfibios, mientras hacen engullir al monstruo los bidones, lucen el uniforme británico. Ellos creen, pues, mantener un secreto patriótico.

—¿Por qué se jacta de su tráfico? El petróleo es el enemigo natural de los veleros de Thürsom. Y el día que el servicio secreto británico le descubra, usted habrá enviado a muerte deshonrosa un

centenar y medio de ignorantes marineros que creen ayudar a Inglaterra a terminar cuanto antes la guerra.

—El servicio secreto es complicado. Cuando comuniqué a Edimburgo la visita de Gunther, proponiendo que consultaran al Almirantazgo, me transmitieron la siguiente orden: «Suministrar y comunicar horario y situación segundo aprovisionamiento». Pretenderán hacer una redada más repleta.

Jerry, Carrol escrutó el zorruno semblante de Kiltern:

—Perdió usted por patriotismo muchos miles de guineas.

—Si soy despótico, ¿iba a tratarme como a un galeote Erich Gunther? Si soy dueño de Thürsom ¿iba a serlo ganando los alemanes? Cobré dos mil guineas y percibiré ahora otras tantas. Y habrá redada completa. Podré volver a mi tiranía absoluta de Thürsom, sin tener a extranjeros en mi torreón.

—Supone usted entonces que ahora, tan pronto salgan a flote los monstruos anfibios, aparecerán naves de guerra británicas.

—Así es. Una flotilla de seis submarinos...

—Habrá previsto que cuando vean acercarse las naves de guerra nuestras, los monstruos tratarán de escapar, pero también intentarán hundir sus veleros, cogidos entre dos fuegos.

—Por cada submarino alemán que reviente, percibiré cinco mil guineas. Éste es el precio que paga el Almirantazgo de su Graciosa Majestad.

—Yo, si no fuera un ignorante marinero...

—Sobre el mar, no hay marinero ignorante. Hable.

—¿Cómo ha de realizar el aprovisionamiento?

—El huésped extranjero del torreón me ordenó que para aligerar la maniobra llevará pasarelas preparadas en cada velero. Los monstruos saldrían a flote, tan pronto pairease en el punto indicado, uno por banda. Abriremos las compuertas laterales, tenderemos en pendiente las pasarelas y engullirán directamente los bidones en sus panzas. Y cuando acudan los minadores y cañoneros... Los monstruos no pueden maniobrar aprisa. Tienen que cerrar torreta y panza.

—Poseen cañón en cubierta.

—En Kirkvall, una lancha pesquera, por su aspecto, me pidió agua, y a cambio me dio cajas de fruta. Una fruta indigesta. Las llaman granadas, y, antes de dejarlas caer sobre los cañones de

cubierta de los monstruos, hay que quitar una argolla. Entonces se desenrolla una cinta y estalla la granada. Acompañaban las cajas con un manual explicativo muy interesante. Cuando mis segundos al timón oigan el primer estallido, darán la orden de «a todo trapo» a los gavieros. Desde este bergantín, yo haré llover las granadas. Mi hijo Bryce en su velero, hará lo mismo. ¿Quiere instruirse acerca del manejo de estas granadas, que tienen por nombre el apellido del famoso corsario Laffit?

—Será así menos larga la espera.

Rió silenciosamente entre dientes Ian Kiltern:

—Nunca nadie puede jactarse de conocer a un ser humano. Me creyó Gunther un torpe aldeano de mar, ambicioso. Ya ve... Yo mismo creo conocer a mis hijos. Y sin embargo, pueden sorprenderme. En aquel armario está el manual explicativo de las Laffit y mi provisión de *whisky* añejo.

—Me basta con el manual. ¿Desde dónde habré de comprobar prácticamente las Laffit?

—Durante el transbordo desde Buchan Ness, rueda algunos bidones hasta la cubierta del «Kiltern III». Por la ausencia definitiva de Clay Irving, usted ocupa su lugar.

—Provisionalmente, señor.

—¡Indiscutible! ¡Buenos días!

* * *

La noche del uno de noviembre, fueron paireando los tres «Kiltern». Abrieron sus compuertas laterales y en el agua densamente oscura pronto aparecieron grandes círculos.

Cuando en el cañón junto a la torreta se hubo instalado el artillero, asistido por el proveedor, los que llevaban uniforme inglés engarzaron los remates de las pasarelas.

Y cada velero, distanciados unos cincuenta metros, pareció quedar aherrojado entre dos alargados y cilíndricos anfibios lúgubres.

Rodaron los primeros barriles y súbitamente estalló la granizada de Laffit, coincidiendo con los guturales gritos de alarma de los que divisaban en la lejana niebla los penachos chisporreantes de los veloces minadores y cañoneros que acudían.

El infierno se abrió a cada costado de los «Kiltern», que largando toda vela, huían sembrada la destrucción.

Estalló la popa del «Kiltern II» perforada por un torpedo. Otro proyectil rasante mordió la proa del «Kiltern I».

Por entre los veleros, pasaron como saetas humeantes los cañoneros que acudían desde el Este.

El mar, hasta entonces encalmado, convirtiéndose ahora, en rugiente hervidero de explosiones, por artes de ingenio humano aplicado al exterminio.

La dotación del «Kiltern II», transbordada al bergantín capitán, vio hundirse uno de los orgullos de Thürsom.

Taponada la vía de agua, el tercer velero siguió emproando hacia Belle Isle y dos horas después le daban escolta dos cañoneros, mientras, el velero mandado por Bryce Kiltern regresaba a Thürsom, también con escolta de naves de guerra, que iban a tomar por base el tranquilo poblado pescador.

Avistada Belle Isle, Ian Kiltern invitó secamente:

—Nunca hemos congeniado, capitán Carrol. ¿Piensa usted volver a Thürsom?

—No, señor.

—¿Aceptaría el mando de un velero mío?

—No, señor.

—¿Puedo saber por qué?

—Se comprobó que fui un ladrón.

—Puede tal vez darme una razón humana.

—Su carácter, señor, me impidió entonces hablarle. Hoy es mi carácter el que me impide hacerlo.

—La noche del trece de octubre le vi arrodillado ante el espíritu de mi hija Aline —dijo Kiltern, entornados los párpados.

—Representó para mí, eso... Un espíritu...

—¡Fue mi hija, y era caprichosa, indómita!

—Pero yo era hombre y sigo viviendo, señor. Dejemos en paz el alado espíritu de Aline Kiltern. Allí blanquea Belle Isle.

—Hay terquedades que no puedo admirar, capitán Carrol. ¿Es que no puede haber tregua de años entre nosotros dos?

—La hubo desde que usted me permitió navegar a su bordo. Pero... cada piedra de Thürsom me recordaría dos penas: la de haber perdido un espíritu que ilusionó mi alma, y la de no

perdonarme yo una cobardía.

—Fuimos tres a sorprenderle con el látigo... cuando usted oyó a Alex... decir que Aline había muerto.

—Hablo de una cobardía moral, señor. Tuve miedo a pedirle la mano viva de Aline. Fui castigado suficientemente.

—¿Ve? No conocemos ni a nuestros hijos. ¿Le incitó ella a retener trescientas monedas para huir y obtener así mi consentimiento ante un hecho consumado?

—Belle Isle, señor. El timón está en manos de segundo.

—¡Al infierno con usted, capitán Carrol! ¡Buenos días!

Cuando quedó anclado el bergantín, la tripulación obtuvo permiso para desembarcar, y lo hizo con ruidosa avidez, teniendo motivos sobrados para researse la garganta contando la reciente «redada completa»: los agentes del torreón, de la costa, de Buchan Ness, de Belle Isle.

¿Erich Gunther? Los propios compatriotas castigarían su fracaso. Ian Kiltern en la lancha capitana, hizo su último intento:

—Usted no podrá permanecer mucho tiempo en tierra, capitán Carrol.

—Me admitirán en la escuadra, con grado de contramaestre, señor.

—¿En barcos oliendo apestosamente a petróleo, carbón y otras inmundicias?

—Si no resisto el olor... algún trece de octubre vendré a saludarle, patrón Kiltern.

—¡Por fin hemos llegado a un acuerdo, Jerry Carrol!

Y al poner pie en tierra, dijo Kiltern:

—Bonanza y pronto regreso a Thürsom, donde hasta las piedras sabrán que fue amor lo que extravió a un valiente marino. Y era una Kiltern, con mi temple, la que logró desviar de su rumbo al capitán Carrol.

—Buenos días, patrón Ian. Prosperidad para Thürsom.

* * *

Greta Donegal, asida del brazo de Jerry Carrol, fue asintiendo radiante, mientras roncamente Jerry Carrol decía:

—Seré marino de guerra y soportaré el fétido olor de máquinas,

para que, como dice mi patrón Kiltern, ocupes tú el lugar que a mujer pertenece. Y tal vez, algún día... pudiera ser que prefiriese olfatear el magnífico aroma de la cosecha del mar apilándose entre las bordas de un velero Kiltern... Claro que Thürsom no es una ciudad.

—Donde tú me lleves, las cuatro paredes en que me encierres serán mi único paraíso.

Volvía a alentar tímidamente el espíritu de amor en el alma de Jerry Carrol, uno más de los hombres del mar que bañaba Costa Bárbara.

FIN



Arnaldo Visconti nació en Barcelona, España en 1914. Falleció en 1982.

Arnaldo Visconti es un seudónimo usado por Pedro Víctor Debrigode Dugi uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo xx, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Pedro Víctor Debrigode Dugi nació en Barcelona en 1914, de padre francés y madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación.

Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo

nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional.

La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife.

Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Pedro Víctor Debrigode Dugi utilizó un amplísimo abanico de seudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras — pero también firmo sus obras como P.

V. Debrigaw,

Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] Velero, que es pesado en la maniobra. < <

[2] Velero que da de banda, no aguantando mucha lona desplegada.

< <